

BOIS LIBROS
EASA

TERROR

SINIESTRO CARNAVAL

Mortimer
Cody



PRIETO
MURRAY

TERROR &



MORTIMER CODY

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto

PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero

Publicación semanal

Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00630-7

Depósito legal: M. 6.264 - 1977

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

**SINIESTRO
CARNAVAL**

**Mortimer
Cody**

6

**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

«CAPÍTULO 1»

A

primera vista, daba la impresión de que aquel lugar era una sala de lectura. Una estancia bastante grande, con relativas comodidades y un suelo de cemento, que en ocasiones aparecía húmedo; cuando así lo dictaminaba el clima del exterior.

La estancia tenía, al fondo, cuatro biombos, que parecían otras tantas separaciones de alcobas... como así era, en efecto. Cada uno albergaba la intimidad de las cuatro personas que se encontraban en aquella sala. Esta tenía una puerta pequeña, sin indicación alguna, pero tampoco era necesaria. Casi en el centro, había un tramo de escaleras de trece peldaños, y arriba una puerta.

Todo daba la impresión de cierta vetustez, de escasa solidez. Sin embargo, los ocupantes de la estancia, tres mujeres y un hombre sabían muy bien que tal apariencia era falsa, ya que la puerta que había al final de las escaleras era de madera y plancha de acero.

En cuanto a la pequeña puerta de la sala, no era más que el retrete.

Había un sofá bastante grande y cómodo, dos sillones, tres lámparas de pie; los biombos hasta resultaban agradables...

Los ceniceros estaban llenos de colillas; se bebía allí también, se leía, se hablaba... De todo un poco. Era un tanto el aburrimiento, la impaciencia, el miedo a veces... o casi siempre...

Observándoles un buen rato, se podía llegar a la conclusión de que aquellas personas eran como náufragos en una isla.

Arnold Pittman, el varón de la «isla», era un tipo algo adiposo no muy alto, y llevaba un traje gris de perfecto corte, pero ya algo arrugado, ajado. Además, prescindía de la chaqueta y de la corbata, y llevaba sueltos los puños de la camisa; tampoco encontraba necesario afeitarse cada día; y si a su rostro flácido y blanco añadimos ojeras y algo de barba, hallamos, en conjunto, una visión no muy atractiva.

Pero Eva es Eva; la mujer es mujer, lo mismo en un deslumbrante salón donde se celebra una fiesta de sociedad, que en un desierto. De ahí que Liz Norton, una mujer joven, hermosa, llamativa, tratase en todo momento de realzar sus encantos; quizás no lo hacía por el hombre que tenía delante; podía no interesarle, pero era así: exuberante, con rotundas formas, con una mata impresionante de cabello color caoba...

Liz Norton, en momentos en que hacía mucho calor, se despojaba de su ropa, y yacía en el suelo, siempre muy abiertos sus ojos verdosos. Fumaba casi sin cesar, y era la que menos hablaba.

Las otras dos mujeres, Beatrice Wolcott, y Noemi Sebring, parecían haber firmado un pacto contra Liz. A las citadas, no les agradaban las maneras, la forma de hacer, de esta. Ellas eran más recatadas, sí... Además, Beatrice Wolcott tenía casi cincuenta años, y pocos encantos. En cuanto a Noemi Sebring, paliducha, algo delgadita, rubia, pasaba más tiempo llorando que empleándolo en otras cosas.

Casualmente, en aquellos instantes, los cuatro leían... más o menos. Ojeaban algún periódico, alguna revista... En silencio, fumando, hastiados, confusos, asustados...

Liz, que estaba desnuda, fue hacia su biombo, el del fondo a la derecha, y reapareció con unas prendas en la mano. En silencio, fue hacia la puerta de los lavabos, y se encerró por espacio de unos minutos. Reapareció vestida con un pantalón tejano y un jersey ligero, muy ancho de hombros. Nadie despegó los labios. Miraban el reloj con frecuencia.

—Cincuenta y dos... ¡Cincuenta y dos! —gritó, de pronto, la rígida señora Beatrice Wolcott.

La miraron con indiferencia, tan solo Noemi Sebring pareció un poco piadosa.

—Tenga paciencia... —musitó—. Todo se resolverá.

—¿Pero cuándo?! —estalló, en uno de sus frecuentes ataques de histeria—. Cincuenta y dos días aquí... No es posible, no lo creo... ¡No puedo creerlo! ¡Mi familia ha tenido que pagar ya por mí rescate...! ¡Pero esos... esos... buitres, deben querer más, y más, y más...! ¡Estoy segura de que ya han pagado por mí!

Al oírla expresarse de aquel modo, la miraron, con cierta expresión preocupada, pensando en ellos mismos, en la posibilidad de pasar allí cincuenta y dos días, como la infeliz cincuentona... Liz llevaba allí tres semanas, Pittman treinta y seis días, los tenía bien contados. Y Noemi, un día más tan solo que este.

—¿Cómo es su familia, señora Wolcott? —inquirió, con tono de voz tranquilo, Pittman—. No hemos hablado mucho de esto...

Beatrice Wolcott apretó los labios.

Tampoco le gustaba Pittman. Le había parecido que alguna noche atravesó la barrera que suponía el biombo de Liz, la repugnante, que se limaba las uñas, con un cigarrillo entre los labios.

Pittman encogió los hombros.

—No hace falta que responda —dijo el hombre—. A mí también me sorprende no poco seguir aquí... E imagino que también a *miss* Sebring y a *miss* Norton... Y tenga por seguro una cosa: esta estancia aquí, me será muy útil sí, como espero, salgo pronto. He pensado mucho, ¿sabe?... Todos tenemos familia, amigos; incluso tenemos algo de dinero, eso está claro, ya

que de otro modo no nos habrían secuestrado para cobrar un rescate... Como decía, estoy pensando mucho en la clase de familia y amigos que tengo... No me queda más remedio que preguntarme si han pagado, si han cedido a las exigencias de los secuestradores... ¿Me quieren o no mis familiares y mis amigos? ¿Creen que el precio es muy alto?

—La vida de una persona vale más que cualquier dinero —dijo, un tanto altiva, la señora Wolcott.

Pittman, con su rostro blanco, flácido, algo barbudo, se permitió una sonrisilla en la que había cierta conmiseración. Estaba claro que las mujeres entendían poco de negocios...

—Es una forma muy romántica de pensar —dijo—. Tengo que confesarle que yo, a veces, siento pánico, si pienso que lo mismo nosotros que nuestras familias hemos sido engañados, y, al fin, moriremos. Aunque me consuela la duda... Porque, por ejemplo: ¿para qué nos quieren aquí, tratándonos, además, relativamente bien? ¿Por qué nos retienen, si han cobrado y piensan dejarnos en libertad?

—Ojalá pudiera responderme yo a eso... —repuso la señora Wolcott—. Lo cierto es que yo he visto salir de aquí gente... Cuando me trajeron aquí, había dos personas... Ambas fueron puestas en libertad. Pero ahora...

—Seamos optimistas. No pensemos que vamos a correr peor suerte —dijo Pittman—. ¿Un trago, señora Wolcott?

—No, gracias... Estoy muy nerviosa, y el alcohol es solo un remedio momentáneo... Lo que yo quiero es salir de aquí... Ya me ahogan estas cuatro paredes...

—Cálmese, por favor —se oyó la voz de Noemi Sebring—. Nada indica que piensen hacernos daño...

—Es que ni siquiera sé dónde estoy... No sé nada...

—Estamos en el mismo caso —habló de nuevo Pittman—. Confieso no tener la más remota idea de dónde nos encontramos. Pero no es eso lo más importante, no...

No lo era. Todos parecían rumiar sobre ello, cuando se oyó la voz de Liz Norton:

—Es precioso... Es un vestido que sueña cualquier mujer... —estaba señalando la revista—. Cuando salga de aquí, le pediré a mí Ricky que me compre uno como este...

—¿Es todo lo que se le ocurre?! —estalló, más histérica por momentos, la cincuentona.

Liz la miró con indiferencia y se encogió de hombros.

—No me gusta llorar —afirmó—. Se estropean los ojos, señora Wolcott. Me agradan las cosas bellas; todo lo hermoso del mundo, todo lo que proporcione placer, goce... Prefiero pensar en eso que a usted le parecerán estupideces, tonterías, que devanarme los sesos con una situación que no comprendo bien.

La cincuentona se encontró cortada. A su modo, lo dicho por Liz

encerraba un montón de lógica.

—¿Usted no piensa en su familia? —dijo, por fin, la señora Wolcott.

—A veces. La familia no es siempre agradable —respondió.

La señora Wolcott pestañeó.

—Entonces, ¿qué esperanzas tiene usted de salir de aquí? —inquirió.

—Las mismas que pueda tener usted.

—Yo sé que mis sobrinos me adoran... Mis sobrinos me...

La estaban mirando con lástima, cuando se abrió la puerta que había en lo alto del tramo.

El personaje que apareció allí enmarcado era... extraño; de comedia, de opereta medieval... Es más: incluso llevaba casaca, y peluca blanca, de media melena, con grandes ondas. Los pantalones y el calzado eran normales. El tipo bajaba; arriba, había otro, de similares características.

A la mitad de la escalera, aquel hombre se detuvo. Iba muy maquillado; su rostro se mostraba hermético; su voz sonó sin matices:

—Señora Wolcott, puede recoger sus cosas. Y venga conmigo.

La cincuentona, con un chillido de alegría, temblando su cuerpo entrado en carnes, se puso en pie. Empezó a reír y a llorar al mismo tiempo. Y gritaba:

—¡Lo estaba diciendo...! ¡Mis sobrinos me adoran...! ¡Por fin soy libre...!

—No pierda tiempo —dijo el fantasmón.

Precipitadamente, muy nerviosa, recogió sus pertenencias. El chaquetón, el bolso... nada más. La habían secuestrado en plena calle... Con todo ello en el brazo izquierdo, corrió hacia las escaleras. Parecía haber olvidado a sus compañeros de «isla», pero quizás un atisbo de humanidad la hizo volverse, y mirar hacia Noemi Sebring, a la que dijo:

—Mucha suerte, hija... —miró a los otros, y rezongó—: Y a ustedes también, a pesar de todo.

Subió en pos del tipo, e instantes más tarde desaparecían. De nuevo la «isla», aquella inaccesible puerta, quedó cerrada.

Abajo, tres personas soltaron un suspiro. Por lo menos, ya era algo ver libre a uno de los secuestrados. Era un signo esperanzador; cada cual esperaba, lógicamente, ser el próximo...

* * *

Lo mejor del lugar era el rótulo, recién pintado. Para darle luminosidad, lucían unas cuantas bombillas en una pobre marquesina. Rezaba: «Liberty Theatre».

Lo demás, era viejo, húmedo, pobre... Una entrada sin taquilla siquiera, unas cortinas que se caían a pedazos, de un color que debió ser granate en sus buenos tiempos... Y a la derecha, un cartel escrito a mano, con rotulador grueso, con no muy buena caligrafía, indicaba el espectáculo que

tenía lugar; tal espectáculo debía estar representándose mucho tiempo allí...

En realidad, más bien, eran conciertos musicales. En fin, que nadie hubiese confundido aquel pobre teatrillo con el «Carnegie Hall», obviamente. Además, estaba enclavado en la calle Bowery, en Manhattan, en el 112, lo cual quiere decir prácticamente en la mitad de la misma.

Rose Lange estaba leyendo atentamente el cartel. Había media docena de nombres tan solo, y, por supuesto, ninguno conocido en el mundo de la música, ni sinfónica, ni clásica, ni moderna... Saxo, violín, piano, contrabajo, una mujer que tocaba el arpa, y el director.

Avanzó unos pasos, descorrió la cortina desprendiendo un poco de polvo, y miró hacia el interior. Todo estaba a oscuras, solitario. Eran las seis, y no había concierto hasta las ocho... Tendría que esperar.

Salió del teatrillo, y se dedicó a deambular un poco.

Rose Lange era una chica de poco más de veinte años; como máximo veintidós. Rubia, con una graciosa melena en mechones, ojos de un azul radiante, bonita boca... Su cuerpo era, asimismo, encantador. Formas bien definidas, lo mismo de cintura para abajo que en el busto. Formas juveniles, que aún lo parecían más con aquellos pantalones de deshilachados bajos, sus zapatos, el jersey azul descolorido, y un chaquetón abierto, en cuyos bolsillos llevaba metidas las manos.

Deambular por Bowery puede ser peligroso; lo es de hecho, en especial a determinadas horas de la noche, cuando los borrachos se apoyan en la pared incapaces de dar un paso más; cuando aparecen misteriosas luces que se difuminan en la niebla, anunciando mil basuras; cuando las «flop houses», albergues gratuitos, abrían sus puertas para toda clase de gentuza...

Y por la tarde, mil tiendas que presentaban las cosas más extrañas, exóticas, que imaginarse pueda.

A un lado del teatrillo, precisamente se levantaba un «flop house», de deprimente aspecto; al otro, había una tienda de antigüedades, en la que, al parecer, la especialidad eran objetos egipcios. Desde un raído manto, hasta un gran sarcófago, con momia incluida.

En aquellos momentos, estaba contemplando el sarcófago y la momia, que quizás tuviera tres mil años... a menos que fuese una burda imitación, y dentro de los vendajes hubiese tan solo corcho o plástico. Rose creía que todo era auténtico, y había unas inscripciones que desde el exterior no podía ver.

No hizo gran caso, entre otras cosas, porque alguien acababa de penetrar en el teatrillo, con un maletín en el que, estaba claro, había un violín. Y sin pensarlo un segundo, se precipitó detrás de aquel hombre.

Le alcanzó cuando el tipo, encorvado, con ojos mortecinos y cara de hambre, había encendido ya alguna luz, y podía verse el interior del «Liberty».

Sintió angustia, pero ello no la detuvo. Aquello era como para dar

media vuelta y echar a correr. Como unas cincuenta desvencijadas sillas, no muy bien alineadas, en hileras de diez, estaban encaradas hacia el pequeño escenario. No había taquillas, claro está: existía, entrando a la izquierda, una especie de buzón, sin inscripción alguna, donde el público depositaba algún dinero por el concierto que se les brindaba gratuitamente.

El hombre del violín, al oír sus pasos, se volvió.

Estuvo observando unos instantes la expresión de la muchacha, y adivinando su proceso mental. De ahí que adustamente dijera:

—Nadie la ha llamado. Si no le gusta, puede irse.

—Lo siento...

—¿Qué creía encontrar aquí? —inquirió el violinista.

—En realidad, nada muy distinto. Debe perdonarme, señor Howe.

—¿Sabe mi nombre?

—Lo he deducido por el cartel que hay fuera...

—Ya... claro. ¿Se le ofrece algo?

Las voces de ambos resonaban en el pequeño teatrillo.

Rose se humedeció los labios.

—Diga, ¿qué desea? —insistió Howe.

Rose se estrujó los dedos.

—Trabajo... —dijo, con un hilillo de voz.

El pestañeó. Luego, frunció el ceño.

—¿Trata de burlarse? —preguntó, seco.

—No, no... No piense eso, por favor. Yo... toco aceptablemente el piano, y pensé que con ustedes, si hiciera falta...

—¿Toca el piano? ¿Y busca el trabajo aquí? No la entiendo, *miss*...

—Me llamo Rose Lange. Verá... He intentado trabajar en otros sitios. Sin embargo... o yo soy una estúpida que no comprendo nada de la vida, o veo fantasmas, o... o los hombres son, en su mayoría, unos auténticos miserables. No les interesa mi habilidad con el piano... Es otra cosa la que quieren de mí... Y así, en muchos sitios. Incluso, no hace mucho, daba clase particulares, y tuve que huir... Aquel hombre me...

—Entiendo, entiendo... Y no creo que sea una estúpida. El mundo está que da asco, hija... Y, créame, lo lamento muy de veras pero con nosotros, no tiene la menor posibilidad...

Rose se mordía los labios; seguía estrujándose las manos.

—Es que... me conformo con tan poquito... —musitó.

—Poquito es algo, hija —murmuró—. Sí, es algo... Nosotros, muchos, muchísimos días, salimos de aquí con los bolsillos vacíos... Como habrá observado, la entrada es gratuita; es libre. Y... no crea, entra gente; algunos, a dormir un poco... Pero también entra gente a la que le gusta la música, y nos escuchan. Muchas veces, entran juerguistas de cierta categoría... entendiéndose por categoría la que da el dinero; nada de distinción personal, ¿me entiende?

—Creo que sí, señor Howe.

—Esa gente, algunas veces, tras haberse reído de nosotros molestando nuestro concierto, se dignan dejar unos dólares en el buzón. Bien... hay que agradecerse. Entonces, podemos comer dos, tres, cinco días... depende. Y por lo demás, hasta ahora, que yo sepa, ningún empresario de un gran teatro de conciertos ha venido en busca de valores ignorados. En suma: ni dinero, ni porvenir. Nosotros... ya estamos acostumbrados. Pero usted...

Rose reflexionaba sobre aquello; lo entendía.

Donde quizá había algo de humanidad y honradez, no había, al mismo tiempo, más que miseria...

—Solo quisiera un poco de tiempo, para pensar sobre mi futuro —murmuró, por fin, insistiendo. Rose—. Me dedicaré a cualquier otra cosa, pero necesito...

—Lo siento, lo siento de veras —cortó Howe.

Inclinó la cabeza. Él le volvió la espalda, y echó a andar. Iba a preparar su instrumento, a ensayar un poco...

—Señor Howe —llamó Rose.

El hombre se volvió.

—... ¿Le molesta que me quede aquí hasta...?

—Claro que puede quedarse, hija... Lo prefiero, incluso. Verá que no la engaño.

«CAPÍTULO 2»

L

OS cinco músicos, con el director al frente, habían interpretado «sinfonía al Aire», una imitación de una de las creaciones de la Gran Sinfónica de Boston. Diríase que había sido burda, pero, en realidad, ninguno tocaba mal. No eran genios, pero conocían su instrumento respectivo. Sin embargo, obviamente, el sonido, el brillo, la luminosidad, estuvieron ausentes durante el concierto, que resultó un poco triste.

Noche de poca gente; unas quince personas. Algunas dejaron caer monedas en el buzón.

De todos modos, Rose, que trataba de ocultar a toda costa sus lágrimas, por lo deprimente de todo aquello, incluida su propia existencia se fijó en aquel que había entrado poco antes de que terminase la música. Un hombre de cierta elegancia, que daba la impresión de gozar de una posición bastante desahogada; un tipo que tan pronto terminó el concierto, fue el primero en salir de allí, si bien antes pasó por el buzón y estaba segura de que había dejado algunos billetes.

La gente fue desfilando, y Rose quedó, en su asiento, a un lado de la segunda fila; sola, mirando a los músicos, que, en silencio, recogían y guardaban, mimándolos, sus instrumentos. El piano pasaba al interior del mísero escenario, así como el arpa.

Howe, ya con el maletín en la mano, se acercó a ella.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó el violinista.

—Ya sé que tiene razón, señor Howe... Simplemente, pensé que podía unirme a ustedes una temporada, y... ¿Se ha fijado que al señor Sunnison, el pianista, le tiemblan un poco las manos?

—Sí, ¿y qué? Tiene sesenta años, y...

—No es tan viejo —protestó Rose.

—Quizá no. Pero, repito, ¿y qué? ¿Qué hacer si le tiemblan las manos? ¿Cree que podemos echarle de aquí? También Charity, la del arpa, está en precarias condiciones físicas... Estamos en pleno declive todos pero, ¿qué importa? Esto se acabará algún día; no se renovará. Desaparecidos nosotros, diremos adiós al «Liberty» todos...

—Señor Howe... no son tan decrepitos como para todo esto... —protestó.

Howe consiguió una sonrisa.

—Nos mira con buenos ojos, y se lo agradezco, hija. Yo diría que somos media docena de ratas a punto de fallecer...

—Por Dios, no hable así... Yo...

—Usted no puede solucionar nuestros problemas. Ni nosotros los suyos. ¿Lo dejamos así, entonces?

Rose respiró hondo.

Como no respondía, Howe dijo:

—Tengo que despedirme de usted. Me esperan dentro. De vez en cuando nos reunimos para estudiar algún nuevo concierto; para dar variedad a nuestras interpretaciones... Eso nos distrae, ¿comprende? Preparar temas distintos, hablar de música... y de tiempos que fueron mejores. La verdad es que usted no encajaría con nosotros. Buenas noches.

Y se largó, apagando las luces.

Quedó a solas en el interior del teatrillo. Allí, sentada, cerrando los ojos. Le parecía oír la música aún; las toses de los espectadores; el removerse impaciente de algunos... Luego, unos escasos aplausos... unas míseras monedas...

Recordó, entonces, al hombre elegante que había dejado unos billetes en el buzón. Y se asustó de su súbita idea. ¿Robar? ¿Robar ella a aquellos infelices? Pero... tenía hambre... ¡Hambre! Además, para encontrar un empleo de cierta dignidad, tenía que presentarse con decoro... Lo contrario, era un círculo vicioso: si iba mal presentada, la rechazaban; si la rechazaban, no tenía posibilidad de ganar dinero... El círculo maldito de siempre, sí...

Pero... robar a aquellos desdichados...

Aún sentada, sintió que empezaba a temblar. ¿Y por qué robar? Podía ser un préstamo; un simple préstamo, sí... ¡Lo devolvería tan pronto pudiera!

Se puso en pie. Empezó a creer que mil ojos la estaban observando, a pesar de que era todo oscuridad y silencio. Estaba sola... Claro que jamás había robado, pero... Una vez, y a título de préstamo. Lo necesitaba tanto... Una vez, solo una vez, y lo restituiría a la mayor brevedad, y con creces... Eso es: lo devolvería duplicado...

Sin poder dominar su temblor, su miedo a lo desconocido, a una acción que jamás pensó que pudiera realizar, se fue acercando al buzón; habituada a aquella penumbra, lo veía bastante bien... Era cuestión de dos minutos; abrir, tomar el dinero... no todo, y huir corriendo... Lo necesitaba tanto...

Por fin, llegó frente al buzón. Había un candado, sí, pero el buzón se caía de puro desvencijado y viejo. Pasó los sensibles dedos de sus manos por la rústica caja pintada de oscuro, con la ranura arriba, y halló un par de tornillos flojos por todo obstáculo. Solo eso. Era tan fácil...

En verdad, la muchacha estaba sosteniendo una titánica lucha consigo mismo.

Acabó por decidirse. Los dos tornillos salieron fácilmente, y la tapa

cedió. Metió la mano; los billetes, solo los billetes. Los tomó, y cerró de nuevo. Tomó los billetes, crujientes incluso, y aunque no pensaba detenerse a contarlos, vio, al abrirse el doblado pequeño fajo, que había un papel; resaltaba un papel blanco, pequeño; parecía que había algo escrito...

Pensando mil fantasías sobre aquel papel con algo escrito lo guardó en un bolsillo del chaquetón. Iba a hacer lo propio con el dinero, y salir huyendo, cuando se encendieron las pobres luces. De pronto.

Gritó aterrada.

Giró hacia Howe, que la miraba desde el fondo con clara expresión: reproche, lástima, y también algo de ira.

Inmóvil, con el dinero en la mano, temblaba; se echó a llorar.

Veía avanzar al viejo.

Este llegó frente a ella y murmuró:

—Devuélvame el dinero, *miss* Lange.

—Yo... Si usted quisiera creerme...

—Todo lo que pueda decirme, lo sé —cortó—. Pero tiene que devolvérmelo.

—S-sí... Sí, sí... Dios mío... Usted debe pensar que todo lo que le he dicho son mentiras, y que solo soy una ladrona que...

—No. Está equivocada. Yo sé lo que es la necesidad. Y... en otro terreno, admiro su voluntad al no caer en las mil trampas que han debido tenderle los tipos desaprensivos... Deme el dinero, y no vuelva por aquí. Ya ha visto lo que hay.

Dejó que Howe le quitara el dinero: Podía haber hasta veinte dólares.

Y comprendió que nada más tenía que hacer. Es más: corría el riesgo de que llamasen a la policía, y quizá eso fue lo que puso alas en sus pies, que salió a la carrera, sin volver a dirigir la palabra a Howe, que esperó a verla desaparecer. Luego, con expresión de haber olvidado el incidente, contó el dinero, y pareció un poco pensativo. Durante un minuto estuvo quieto, reflexionando. Acabó por encogerse de hombros, y tomar las monedas que quedaron en el buzón. No estaba mal por aquella noche.

* * *

Era para vacilar. La fortuna de Rose, íntegra, la tenía en la palma de la mano derecha: ochenta y cinco centavos. Justo una parca cena, en un «snack» de lo más barato. En la otra mano, estaba el papel, en el que había anotado un número de teléfono; el papel que encontró con el dinero...

¿Gastar el dinero o parte de él en una llamada a aquel número, o comer un poco?

Se encontraba en la calle Mott, en el linde de Chinatown; solo por aquellos andurriales podía pagarse una cena de ochenta y cinco centavos. Y estaba meditando cuando notó que alguien se colocaba a su espalda, y dos manos acariciaban sus senos, mientras una voz y una vaharada de licor

llegaron a ella:

—¿Necesitas más, preciosa? Yo puedo...

—¡Cerdo, déjeme en paz!

Casi llorando de rabia, apretando su dinero en una mano y el papel en la otra, echó a correr. Hacia el norte; tenía que salir de aquellos barrios. Y mientras corría, notando que era perseguida, aunque estaba segura de que el asqueroso borracho no podría alcanzarla, tomó una determinación: llamar a aquel teléfono.

¿Motivo?

Todo, mientras se alejaba corriendo, jadeando, aparecía claro en la mente de Rose.

¿Por qué aquel hombre dejó un número de teléfono? Sencillamente, tenía que estar interesado por la música; algo habría visto, algo le habría interesado. Y, por supuesto, era un robo que hacía a Howe y a sus compañeros, pero que la perdonaran. Ella, si de allí salía algo bueno, como esperaba, sabría recompensarles... Sí, sí... Tenía que huir de aquellos repugnantes barrios... Llamaría desde Tompkins Square, el primer lugar decente que hallaría dejando Chinatown...

En efecto, el borracho, agotado, había dejado de perseguirla.

Tardó unos diez minutos en dejar los sórdidos barrios a los que había penetrado tratando de hallar una solución, por precaria que fuese, a su problema. Llegó a Tompkins Square. Una bonita plaza con bares, tiendas, casas altas con ventanas bien iluminadas, un jardín en el centro... y la consiguiente cabina telefónica urbana, a la que sin la menor vacilación se dirigió.

Tendría que echar un «níquel», veinticinco centavos... Reducía su fortuna prácticamente a la nada... Un vaso de leche, y a dormir en un banco...

Pero lo hizo.

Un poco nerviosamente, marcó el número de teléfono que había anotado en el papel, y guardó este en un bolsillo de su chaquetón. Esperaba con todo el cuerpo en tensión. Aquello era un robo... Aquel hombre, probablemente, iba a proponer algún trabajo a...

—¡Hola!

Tragó saliva. Era voz de hombre. Debía ser él...

—¡Diga! —insistió la voz.

—Es... del «Liberty»... —musitó, con un hilo de voz.

—Ah. Perfecto. Veo que trabajan rápido. Quiero una entrevista urgente con usted —se oyó la voz del hombre.

Rose vaciló; aquello estaba muy mal hecho...

—¿No me oye? —insistió el hombre.

—Sí, sí...

—¿Dónde puedo verla?

Miró rápidamente en torno. Había allí un luminoso rojo; casi frente a la

cabina.

—En Tompkins Square —dijo—. Café «Morosco».

—¿Le parece bien dentro de media hora?

—De acuerdo, señor.

—¿Cómo la conoceré? —preguntó el tipo.

—No se preocupe por eso. Yo le conoceré a usted. Entre en el café, y espere.

—¿Usted me conocerá...? Bien... Bien, me gusta, dentro de media hora.

Y el tipo colgó.

Rose lo hizo también, sintiendo que el corazón le latía violentamente. Empezó a arrepentirse de aquella decisión... Además, ¡qué raro! ¿Por qué el hombre elegante no había hablado directamente con los músicos del «Liberty», en lugar de recurrir a todo aquel... misterio, por decirlo de alguna manera?

En fin... Hecho estaba, y, por el momento, no pensaba volverse atrás. Ella necesitaba algo para sobrevivir. Y si lo obtenía gracias a aquello, tendría muy en cuenta premiar a los músicos del «Liberty».

Abandonó por fin la cabina, y miró en torno. Podía entrar en el «Morosco» y esperar, pero tendría que tomar algo, y aquel lugar era bastante caro; claro que la consumición; probablemente la pagase aquel hombre, pero... ¿cómo está segura de lo que busca un hombre?

Así que entendió como más práctico ir a sentarse a un banco, bajo unos cuantos árboles, ya que la noche, algo fresca, era calma. Y desde allí veía a la perfección la entrada del café.

Cuestión de media hora...

* * *

Aquel era. Le reconoció con toda facilidad. Vio un tipo de poco más de cuarenta años, con algo de cabello gris, con seguridad en sus movimientos, con el rostro un poco irregular, pero enérgico, fuerte... Espió hasta que el hombre estuvo sentado. Entonces, se decidió a entrar en el café, dirigiéndose rectamente hacia él.

Se miraron. El hombre esbozó una sonrisa.

—¿Quiere sentarse? —dijo—. Me alegro de este contacto. Creo que ustedes saben hacer las cosas.

Rose se sentó. El hombre hablaba con voz casi baja, muy discreta en todo caso. Frente al hombre, no sabía qué hacer. Procuraba, de todos modos, mostrarse serena, tranquila.

—¿Un *whisky*? —inquirió el tipo.

—Un vaso de leche... —pidió Rose, pensando que ya serían dos, con el que tomaría luego. Y algo es algo.

Un camarero recibió el pedido. Estaban en un rincón, en unos asientos tapizados, de color granate, con luz discreta... Buen lugar. Nadie se fijaba

en nadie, lo que parecía complacer a aquel hombre. Y cuando Rose tuvo delante el vaso de leche, y el tipo su trago, la joven musitó:

—Usted dirá, señor:

Él, entornó los ojos.

—No hace falta mencionar mi nombre, supongo.

Rose apenas pudo contener su sorpresa.

—Si no quiere... —respondió, insegura.

—Prefiero no hacerlo, de momento. Bien, además, se entiende que debemos ir al grano, sin rodeos ni pérdidas de tiempo. ¿Es así?

—D-de acuerdo... —susurró. Empezaba a sentirse muy desconcertada.

El tipo pareció notar algo extraño.

—¿Por qué la envían a usted? Está bien, no lo diga. Se supone que de usted nadie sospecharía nada, jamás. Sí, me gusta. Es algo muy discreto... y agradable. Es muy bonita, muy joven... Resulta asombroso. Pero decíamos de ir al grano, así que le expondré el caso, brevemente. ¿De acuerdo?

—Sí... —acertó apenas a murmurar.

El individuo acercó un poco más su rostro fuerte e irregular, de luchador, quizá sin escrúpulos, al de ella. Por fortuna para la muchacha, el ambiente, aquella luz, impedía que él se percatase de su palidez. Porque, estaba, francamente, muy asustada.

—Se trata de mi socio. Su mujer y yo tenemos... relaciones, ya debe comprender —dijo el tipo, así, a bocajarro—. Imagino que mi socio debe estar ahora buscando en los libros de nuestros negocios las muchas trampas que su mujer y yo le hemos hecho. Es un lince, y acabará por descubrirlo todo. Por supuesto, todo se ha de hacer de un modo que jamás se me pueda culpar de nada, ni siquiera que yo levante la menor sospecha. Seré yo quien diga cuándo, ¿lo entiende? En cuanto al precio que estoy dispuesto a pagar es de cien mil dólares. Ni un centavo más. Usted lo expone, y aguardo su llamada a la mayor brevedad.

La palidez de Rose era absoluta; su inmovilidad, de estatua.

Seguramente, no había entendido bien nada de todo aquello.

Por fortuna, le favorecía aquella luz, que daba a su rostro un tono rojizo, por lo demás, ni siquiera se atrevía a alargar una mano en busca del vaso de leche, ya que estaba segura de que temblaría tanto que ni siquiera lograría aferrar el vaso.

—¿O le parece poco dinero?

—N-no... E-es... está bien... —logró articular.

El tipo la miró con fijeza.

Bueno, demonios, la muchacha debía ser tartamuda... Tanta belleza... Algún defecto había de tener.

—¿Debo entender, pues, que aceptan? ¿O no decide usted? De no ser así, hubiese preferido que me enviasen a alguien con poder de decisión, y no perder el tiempo con...

—Yo... decido... —musitó—. Y es—está bien...

—Perfecto. Como le he dicho antes, seré yo quien señale el momento adecuado, y, claro está, otros detalles. Les daré el nombre de mi socio, y demás datos. Otra cosa: entiendo que tienen una manera de actuar francamente buena, pero yo tampoco soy un imbécil. Así que el número de teléfono que les he dado mejor que lo olvide, porque corresponde a un hotelito al que entré con nombre falso y al que no pienso regresar. Por consiguiente, solo seré identificado si yo quiero... No me busquen. No hagan nada. Solo esperen hasta que yo dé la señal.

Estaba muy aturdida, todo aquello le parecía de ficción; una pesadilla que estaba teniendo despierta, quizá a consecuencia del hambre.

Ni siquiera tenía fuerzas para tomarse la leche...

El tipo se había puesto en pie. Dejó un par de billetes sobre la mesa.

—Ha sido un placer —dijo—, Y se largó.

Estaba petrificada; quieta en su asiento. El apenas había probado el *whisky* y ella tenía intacto el vaso de leche. Y allí, sobre la mesa, tres dólares...

Tres dólares, leche, hambre... ¿Hambre? No, no... Tenía la garganta tan apretada, que estaba segura de que no podría deglutir ni un sorbo de agua... Y el estómago revuelto.

Acabó por ponerse en pie, y salir de allí, casi corriendo.

Necesitaba aire fresco; necesitaba respirar... Cuando volviera a sentir frío y hambre, sabría que todo aquello había sido cierto.

«CAPÍTULO 3»

E

El individuo tenía el cabello blanco, y el rostro muy curtido, arrugado. Vestía con elegancia un traje oscuro, y junto a él había una mujer de unos sesenta años, con aspecto de dama auténtica, y que no parecía hallarse muy a gusto en aquel lugar.

A ella no le agradaba la calle Bowery; no le agradaba aquella mísera tienda, ni los dos hombres que parecían regentarla, y que estaban hablando con su esposo, muy animadamente.

El hombre del cabello blanco, míster Charles Barker, tenía incluso una lupa en la mano; no era tipo que confiara en cualquier cosa a simple vista. Él sabía, él conocía... Y aquel sarcófago que estaba examinando tenía todos los visos de ser auténtico; contaba, como mínimo, dos mil quinientos años de antigüedad. En cuanto a la momia, con aquellos vendajes en que veinticinco siglos habían dejado sus huellas, era una desconocida, según la inscripción, para el adinerado míster Barker, muy aficionado a la egiptología.

La señora Barker se impacientaba. Dijo:

—¿Y bien? ¿Vamos a estar aquí toda la tarde?

—Ten paciencia, Emma. No me gustan las imitaciones ni que me engañen...

Uno de los empresarios pareció ofendido.

—Le aseguro que es auténtica —protestó—. Nosotros somos modestos, es obvio, pero honrados con nuestra mercancía. Por otra parte, nuestros precios son razonables. Le pido solo diez mil dólares por el sarcófago, y...

—No estoy discutiendo el precio —cortó—. Pero, de todos modos, veo que hay autenticidad aquí...

—De eso puede estar seguro —terció el otro socio—. No nos gusta engañar a nuestros clientes. Usted volverá a comprar, señor Barker, y eso es lo que deseamos.

—Sí, sí... De acuerdo. Diez mil dólares. Es mía —dijo.

—Hace una magnífica compra —dijo el primer empresario—. Si nos deja su tarjeta, nos ocupamos de embalar todo en una caja de madera, y lo depositamos en su domicilio. Y... perdone, pero solemos cobrar algo a cuenta.

—Sí, sí... —dijo Barker, que tenía ya prisa, al ver la cara de vinagre de

su mujer que, obviamente, no compartía con gran entusiasmo la afición de su esposo.

Extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un talonario, y extendió uno por cinco mil dólares, tendiéndolo al que le parecía allí de mayor responsabilidad. El hombre lo tomó, y al leer la cantidad se sintió satisfecho. Y dijo:

—Muchas gracias por su compra, señor Barker. Esté seguro de que no se sentirá defraudado. El resto del dinero, si no le molesta, no los entregará una vez depositado el sarcófago en su domicilio. Si durante el traslado se produce algún desperfecto, cosa dudosa, ya que nos esmeramos en el embalaje, nos comprometemos a repararlo. También somos expertos, y...

—De acuerdo, de acuerdo... —cortó—. ¿Cuándo lo tendré?

—Probablemente, mañana por la tarde. ¿Su tarjeta?

—Ah, sí...

También mister Barker dejó su tarjeta en la tienda de antigüedades. Negocio cerrado, ante el alivio de la señora. El matrimonio, poco después, salía de allí.

Los dos vendedores se miraron. Uno agitaba el talón por cinco mil dólares. El otro rezongó:

—Ese tipo llegó a ponerme nervioso con su lupa...

—No había cuidado, Max. Todo está en orden.

—Ya sé, ya sé... Pero aun así... Bien, no importa, puesto que la venta se ha realizado. Avisaremos para el embalaje.

Ocúpate tú de eso, Max. Yo tengo que llamar a nuestros proveedores. Necesitamos más sarcófagos... Son nuestro mejor negocio...

Y el tipo se echó a reír; de un modo histérico, con cascada risa diabólica. El otro también reía, diciendo:

—Muy cierto, Douglas, muy cierto...

—Pues andando: asunto embalaje.

—Sí, sí...

Max Hunt se metió en la trastienda; un lugar espacioso, con varios compartimentos. No había demasiada luz, y olía a rancio, a siglos, quizá, si los siglos pudieran oler. Por todos lados, en rincones, sin demasiado orden, había antigüedades, unas auténticas y otras no tanto. De todos modos, era cierto que en sus negocios procuraban ser honrados. Necesitaban que su tienda fuese de confianza. Y ellos mismos advertían a los clientes de qué mercancía era auténtica y cuál una superchería.

Max empujó una de las puertas, y penetró en un despacho vetusto, con muchos muebles, libros; con polvo, con aquel mismo olor. En el escritorio había una mujer.

—¿Qué hay, Max? —inquirió la mujer.

Él, sonrió, y dijo:

—Sarcófago adjudicado.

—¿A quién?

—Un tal Barker...

—¿Cuánto?

—Diez mil.

—No está mal... —musitó la mujer—. Nada mal. Nuestros negocios funcionan tan magníficamente, que será una lástima tener que abandonarlos...

—¿Quién piensa en eso? —inquirió, con una ceja arqueada, Max.

—No sé, no sé... —murmuró, pensativa.

—Vamos, vamos, Charity... ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo que no sepamos, o...?

—No es nada definido... Pero, dime: ¿Sabes de alguien que alguna vez haya dejado veinte dólares en el buzón, sin encargo alguno?

Max Hunt se sentó frente a Charity. Le miró las manos, que le temblaban un poco, sí... Luego, la miró a los ojos.

—No es corriente, pero alguien puede sentirse generoso por una vez con una pandilla de músicos desaharrapados —dijo, cauto.

—Sí, es posible, pero Howe está inquieto.

—Ah, ya sé... Lo de anoche, ¿no? La ladronzuela aquella que...

—Sí, sí. Me explicó lo de la muchacha a la que sorprendió robando el buzón... Howe insiste en que es muy extraño que con los veinte dólares no hubiese mensaje alguno... Y no sé, Max... La situación podría complicarse si tal mensaje existía, y quedó en el bolsillo de la muchacha... Es peligroso.

—No hay que ser tan pesimistas... Además, quien sea la muchacha, ¿qué puede hacer?

—Eso es lo que ignoramos.

Vaciló unos instantes. Estaba eufórico por el negocio recién realizado, y dijo:

—No pasa nada. Nada. La chica, si tiene algún mensaje no sabrá qué hacer con él, y lo destruirá, lo tirará... Y eso no nos perjudica.

—Pero... ¿y el probable cliente?

—Ya dará de nuevo señales de vida.

—En fin, no sé... Te veo muy optimista, Max.

—Así es.

Alargó la mano hacia el teléfono. Lo acercó un poco hacia sí, y marcó. Oyó una voz claramente.

—¿Sí?

—Howe, para mañana por la mañana, embalaje y furgoneta. Adjudicado el sarcófago.

—Ya...

—Diez mil —rio Max, antes de que le preguntase—. Las cosas marchan. Ahora, Douglas se pondrá en contacto con Sunnison, para ver de agilizar la adquisición de más sarcófagos... ¿No te parecen macabras las aficiones de la gente? Es increíble... Disfrutan teniendo en su casa cadáveres con tres mil años de antigüedad... —y se echó a reír.

—Max... atención —se oyó la voz de Howe—. Convendría ir con cautela. Estoy preocupado por lo de anoche...

—Tranquilo, tranquilo... Ya hablaremos hoy, después del concierto.

—Está bien.

—Ocúpate ya del embalaje y furgoneta.

—Descuida...

Colgó el teléfono. Y en aquel momento entraba Douglas, frotándose aquellas manos ya un poco viejas, arrugadas. El más joven era Max, con cerca de cincuenta años, aunque aparentaba cinco o seis más. En cuanto a Charity, tenía un rostro muy peculiar; un cuerpo grueso, con formas apenas destacables... La vida estaba en sus ojos oscuros, siempre relucientes y ansiosos.

—¿Qué hay, Douglas? —preguntó Charity.

—He hablado con Sunnison. Pasado mañana tendremos otro sarcófago ¿No es una buena noticia?

—Sí, lo es —murmuró.

—Entonces —intervino Max—, creo que ya podríamos realizar...

—No —cortó Charity—. La norma, que nos ha ido bien hasta ahora, es no hacer nada antes de tener aquí el sarcófago. No vamos a cambiar nada, ¿de acuerdo?

—Está bien, está bien... Y deja ya de preocuparte por la ladronzuela... Una estúpida muerta de hambre no va a estropear nuestros succulentos negocios. Bien... son casi las siete. Habrá que ir preparando nuestros camuflajes para el concierto.

* * *

Sugestión, miedo, masoquismo, curiosidad invencible... ¡Cualquiera sabe...! El caso es que Rose Lange, aquella noche, estaba allí. No se dejaba ver. Frente al «Liberty», en cualquier portal, podía espiar perfectamente, y ver quién entraba y salía durante y después del concierto.

La tienda de al lado, la de antigüedades, estaba cerrada, pero no así el «flop House», cuyas puertas permanecían abiertas a los mendigos, a los sin hogar; a cualquiera que no tuviera remilgos de ninguna clase, y quisiera pasar la noche a cubierto.

Estaba fijando los ojos en cualquier personaje que penetrase en el teatrillo de conciertos. Sus pensamientos, por otra parte, cada vez más fantásticos eran ya como una bola de nieve que rodando se va haciendo más y más grande...

¡Allí estaba el hombre...!

¡Acababa de llegar, como proveniente de las sombras! Estaba completamente segura de que era él... Se había metido en el teatrillo. Sí, sí era él... Muy excitada, no sabía qué hacer exactamente. Tenía alguna nebulosa idea, aunque era arriesgado... Sabía muy bien a qué había ido

aquel hombre... Entonces, tendría que entrar en el teatrillo, y... Sí, claro: robar otra vez el buzón, y ver el mensaje...

Entonces, podría ir a la policía...

Esperó, muy nerviosa; el concierto estaría a punto de concluir. Era cuestión de unos minutos.

Y, en efecto, tal como esperaba, el primero en salir fue aquel hombre elegante, de cara enérgica, de pocos escrúpulos. Seguro que habría dejado unos billetes... y el nuevo mensaje. Un nuevo mensaje que, de un modo u otro, podía significar la muerte de un hombre...

A buen paso, se alejaba ya; se perdió en las sombras de Bowery Street, hacia el norte. Por lo demás, una docena de personas silenciosas, como sombras, iban saliendo del teatrillo que quedó por fin desierto.

Rose se sentía envarada, nerviosa. Tenía mucho miedo pero quería entrar allí; tenía que hacerlo. El nuevo mensaje era la prueba que precisaba para ir a la policía...

Además, no podía demorarse. El tiempo que los músicos invertían en penetrar en el interior tras el escenario, y reaparecer Howe en busca de lo que había en el buzón era muy corto. Disponía solo de tres o cuatro minutos.

Así que, sintiendo cierta flojedad en las piernas, atravesó la calle y se metió en el teatrillo. Titubeó unos instantes, pero, por fin, con el corazón golpeándole con violencia en el pecho, se dirigió rectamente al buzón; era una suerte conocer bien su emplazamiento ya que por el momento veía muy poco.

Instantes más tarde, con manos que temblaban más de lo que hubiese deseado Rose, esta tocaba los tornillos. No se habían molestado en arreglar nada, en dar más solidez a aquel vetusto buzón de limosnas...

Rápidamente, abrió. Y, en efecto, el fajito de billetes cayó en sus manos. Algunas monedas rodaron por el suelo de madera, por lo que el sonido fue sordo, sin apenas trascendencia. Y, con el dinero en las manos, se volvió dispuesta a correr a la calle.

Al volverse, tropezó con algo; con un cuerpo humano. Chilló súbitamente llena de espanto.

Estaba quieta, paralizada...

La tremenda bofetada que recibió apenas surtió más efecto que llenarle los ojos de lágrimas.

—Y ahora, adentro —sonó la voz de aquel hombre, tensa, rabiosa.

—L-les... les devolveré el dinero, y...

—¡Adentro!

Rose retrocedió un paso. Reconoció al hombre. Era el del saxo. Pero su expresión en aquellos instantes, se parecía muy poco a la del desdichado músico muerto de hambre que salía al escenario...

Entendió, además, que si encontraba fuerzas, y tenía que encontrarlas, su carrera tenía que ser, a la fuerza, más rápida que la de aquel hombre.

Darí­a un rodeo, le tiraría las sillas al paso, y... ¡Ya!

Empezó a correr de lado. Max, rabioso, la seguía, tropezando con sillas, apartándolas a puntapiés, detrás de Rose, la cual se acercaba a la salida con un regular estrépito, con jadeos de Max, y maldiciones, estaba muerta de miedo, y llegó a la cortina; la apartó para salir, pero había alguien más allí. Un tipo... ¡El del contrabajo! que la empujó hacia atrás, y con un chillido que murió rápido en su garganta al ser amordazada, cayó en brazos de Max.

—La maldita... la... maldita... —jadeaba.

—Adentro con ella, rápido —masculló Douglas.

Rose, trataba de librarse de la mordaza, forcejeaba, quería huir. Su pánico crecía por momentos...

Sus esfuerzos se paralizaron, así como la respiración, cuando Douglas, furioso, asustado por las cosas que pudieran ocurrir, le asestó un puñetazo en el estómago. Y quedó quieta, arrugada, laso el cuerpo, en brazos de Max, quien gruñó:

—Ayúdame, Douglas.

Entre los dos hombres, rápidamente, pasaron al fondo del teatrillo. En el escenario, en el lado de las escalerillas, estaba Howe, que contribuyó a dar rapidez a la desaparición de la muchacha. Sus ojos, que habían estado girando a causa del pavor, quedaron fijos y perdió el conocimiento.

* * *

—Aquí hay un número de teléfono.

—Y un papel, un mensaje, que dice: «Mañana, a las nueve de la noche, en el mismo lugar»

—¿Y bien, qué significa?

—¡Habla!

—¿Qué estuviste haciendo?

—¿Qué contactos has tenido?

—¡Responde!

—¿Quién es el hombre? ¿Cuál es el lugar?

Cuatro hombres y una mujer, asaeteaban a preguntas a la aturdida muchacha. Estaba sentada en una pobre estancia, y la rodeaban. Howe, Max, Charity, Douglas, y Sunnison... Caras rabiosas, ojos llenos de odio, brillantes, de gente enloquecida. Preguntas, bofetadas, pánico...

Rose estaba sacudiendo la cabeza; y grandes lágrimas acudían a sus ojos.

Unos pasos interrumpieron las preguntas. Llegaba John Clarke, el que hacía las veces de director de la orquesta. Su presencia hizo que los demás dejaran de prestar atención a Rose por unos momentos. Un tipo con cara adusta normalmente, con larga cabellera cana, y uñas negras, largas; allí, con su batuta, dirigía a aquellos locos...

—¿Y bien, John? —inquirió Charity.

—La chica ha dicho la verdad. El teléfono corresponde a un hotelito. No han sabido decirme nada, y, por otra parte, no era cuestión de hacer preguntas que hubieran despertado sospechas. Bien, vayamos desbrozando la situación: Llega un hombre, y deja veinte dólares y un número de teléfono. Conocemos ese proceso. Se interpone esta muchacha, y...

Se interrumpió. Miró a Rose.

—¿Por qué? —le preguntó, secamente.

—¡Lo he dicho muchas veces...! ¡Tengo hambre, y...!

—Está bien; admitido. ¿Por qué llamar al teléfono?

—También lo he confesado... —sollozó—. Pensé que se trataría de una oportunidad artística... ¡Pero proponían un crimen...!

—¿Sí? —preguntó sin inflexión en su voz, Clarke—. De acuerdo. Proponen un crimen. El mismo hombre, llega esta noche, y nos cita de nuevo. Tú sabes el lugar y nosotros no. Tú sabes de qué se trata. ¿Cuánto ofrece y cuál es el lugar de la cita?

—Ofrece... ofrece... cien mil dólares... —sollozó.

Se hizo un silencio atónito.

De súbito, como enloquecida, la gorda y enferma Charity empezó a asestarle bofetadas, gritando:

—¡¿Nos quieres tomar el pelo, estúpida?! ¡Ven, ven conmigo y verás lo que voy a hacer con...!

—Quieta, quieta —se oyó la voz de John Clarke.

Obedeció. Cerró los ojos.

—Ha dicho cien mil dólares... ¡Cien mil! —exclamó Howe.

—Sí. Por tanto, la situación hay que estudiarla a conciencia. La joven nos ayudará... y la ayudaremos... ¿Verdad? Vamos a reflexionar todos un poco. Estamos ante algo muy importante, y necesitamos a *miss* Lange. Vamos a mostrarle unas cuantas cosas, para que comprenda que lo único que puede hacer es colaborar con nosotros.

«CAPÍTULO 4»

E

El asombro, el desaliento, el miedo... especialmente el miedo, eran las reacciones que iba sufriendo Rose, a medida que era empujada por aquella gente, por aquella media docena de locos. ¿Cuántas puertas había atravesado? ¿Doce, quince, veinte...?

Pasillos oscuros y puertas. ¿Qué recoveco era aquel? ¿Qué significaba tal laberinto increíble...?

Por fin, pareció que se detenían; no había que caminar más ni atravesar más puertas. Y estancias casi a oscuras, todas húmedas, con indefinible olor que impregnaba prácticamente el ámbito de los recovecos del teatrillo.

Se encendió una luz muy potente, proveniente de dos focos situados en una pared frontal a la pared del espejo, donde se veían todos reflejados; perfectamente reflejados.

Pero había más cosas. Unos armarios, y una especie de banco de maquillaje... Daba la impresión de ser un camerino común para bailarinas. Pero... allí no había nada atractivo, ni vestidos de muchachas, ni medias, ni... ¿Qué era aquello? Pelucas... Pelucas medievales. Y también pelucas normales, barbas, bigotes... Un extraño muestrario...

Rose sentía las piernas de madera, sin fuerzas... Además, su desolación, su terror, iba en aumento, pensando en sus nulas posibilidades de huida. ¿Qué puerta de aquellas la podría conducir a la libertad? No tenía la menor noción... Se sentía en una ratonera... ¿Quiénes eran aquella gente enloquecida?

John Clarke tomó la palabra, diciendo:

—En este lugar, *miss* Lange, nos transformamos. Ya lo habrá adivinado. Vendiendo antigüedades somos unos personajes... ¿Nos vio en la tienda? ¿Reconoció a alguno de nosotros?

—N-no... No... —musitó, casi sin voz.

—Perfecto, le decía que vendiendo antigüedades somos unos personajes. Cuando tocamos nuestros conciertos, somos otros distintos. Y... en el momento en que queramos, podemos ser muy diferentes. Somos músicos, actores... Nuestro mimetismo es perfecto. Le explico todo esto para que comprenda que con nosotros... hasta podría tener una oportunidad, *miss* Lange...

—Us-ustedes... ustedes asesinan... —sollozó.

—Cálmese... —habló Clarke—. En realidad, dese cuenta de que se trata solo de una proposición que nos han hecho... Tergiversada por la intervención de usted, pero, repito, es una simple proposición... ¿Por qué cree que hemos de aceptar forzosamente cometer un crimen? ¿Por los cien mil dólares? Bien... es una fortunita, pero...

—¡Yo no les daré la oportunidad de matar! —gritó Rose—. ¡Nunca les diré dónde han de reunirse con ese hombre!

Se hizo un espeso silencio.

Rose veía a unos de frente y a los otros a su espalda, a través del espejo. Su pánico creció. Veía miradas brillantes, ojos enrojecidos; bocas apretadas... Y la que no, como la de Charity, temblaba de rabia.

Clarke parecía el más sereno. Murmuró:

—Tranquilizaos. Ocurre que *miss* Lange está agotada, nerviosa, muy asustada; tiene hambre... Propongo que la dejemos descansar un poco; también le daremos algo para comer. Luego, habrá variado la perspectiva, estoy seguro. Charity, prepara algo para *miss* Lange. Tú, Howe, aposéntala. Los demás, atended lo vuestro; es un poco tarde hoy...

* * *

La verdad es que Rose, que en principio había entrado allí loca de terror, había ido adquiriendo cierta confianza. No estaba mal aquel cuartito individual. Tenía cama, un sillón, lectura, bebida... Y hasta música. Ninguna ventana; solo una tela metálica a ras del suelo, que debía corresponder a algún sistema de renovación de aire.

La habían dejado sola; llevaba así una media hora, según sus cálculos. Y sentada en el borde del lecho, pensaba solo en una cosa, habiendo hallado un resto de serenidad: no la matarían en tanto ella no dijera el lugar de la reunión con aquel hombre. En consecuencia, era cuestión de resistir, resistir... Como fuese. Ella quería vivir...

Por fin, se abrió la puerta, y apareció la gordísima y enferma Charity, con Howe detrás. Howe no entró en la estancia; lo hizo solo ella, con una bandeja de comida, en la que se podían ver auténticos manjares. La dejó sobre una mesita, frente al sillón.

—Póngase cómoda, y coma —dijo secamente.

Rose, con ojos acuosos, miró la bandeja.

Se le estaba formando un nudo en el estómago.

—Queremos tratarla bien. Repóngase, y luego hablaremos de nuevo. La vida no es siempre como nosotros queremos que sea. A veces, las situaciones aparecen por sí solas, y nadar contra corriente, se lo digo por experiencia, conduce al desastre... Yo, hace treinta años, era como usted...

—¿Y usted quiere que yo dentro de treinta años sea como es usted ahora? —desafió Rose.

Charity achicó los ojos; eran dos ranuras negras y brillantes.

—No me gusta la insolencia juvenil, querida... —casi silbó—. Voy a dejarte aquí la comida. Tú verás. Dispones de una hora.

Se volvió, y salió de allí. Howe fue quien cerró la puerta; aquel maldito tipo que como violinista era encorvado, y como vendedor o empleado de la tienda de antigüedades era erguido y más joven.

A solas, miró de nuevo la bandeja.

Por fin, cerró los ojos. No podía comer; no podía...

Todo era apetitoso, perfecto. Justo lo que necesitaba. Pero...

No obstante, tenía que recuperar energías. Tenía que mentalizarse hasta la obsesión de que solo callando podía salvar la vida...

Se puso en pie; casi arrastraba los pies al avanzar hacia el sillón, en el que se dejó caer. Sí, comería algo... Empezó, y aquello pareció despertar, de pronto, todo su voraz apetito. Ya solo pensaba en comer; incluso resultaba un poco grotesca.

Iba por la mitad de la comida, cuando se apagó la luz. Fue de pronto. Un apagón que sorprendió a Rose con la boca llena, masticando, y un trozo de carne en el tenedor, presto a llevárselo a la boca.

En aquella oscuridad, sintió renacer todos sus temores.

¿Qué era lo que sucedía? Quizá un simple apagón que se resolvería en segundos...

Persistía, sin embargo, la oscuridad. Masticaba más lentamente, más asustada por momentos. Percibía algo... No sabía definirlo pero oía ruiditos... La mano con que sujetaba el tenedor estaba agitada por un temblor que iba en aumento. Algo ocurrió en la mesita, de pronto. Oía unos golpecitos, carreras... ¡Algo mordía lo que había en su tenedor...!

Se le cayó de sus manos, y gritó, gritó aguda, histéricamente.

¡Ratas...!

Y de súbito, se hizo la luz.

Desorbitados los ojos, aquellos ojos de un azul radiante, que empezaban a enturbiarse, vieron el montón de ratas que, al olor de la comida, habían saltado sobre la mesa. Allí estaban, a puñados, en la mesa, en el plato... Más de seis ratas en el plato... Ratas grandes, que empezaron a chillar, a correr, a desparramarse por la estancia, en cuanto se encendió la luz.

En pie, con un movimiento reflejo, violento, derribó la mesita, y volvió a gritar. Algunas huían; se metían por aquella trampilla que parecía destinada a renovar el aire, y que estaba abierta en aquellos momentos...

Petrificada, con el rostro brillante de sudor, con los ojos saltones, sintió unas violentas e incontenibles arcadas...

No podía evitar aquellos saltos de su estómago; allí, rodeada de aquellos asquerosos animales que chillaban enloquecidos...

Rose no pudo más, y se desmayó sobre lo que había vomitado.

Desde detrás de la puerta, mirando por el ojo de la cerradura, y testigo de todo lo ocurrido, Howe dijo a Sunnison, que le acompañaba en aquellos

momentos:

—Se ha desmayado... Bien, habrá que sacarla de aquí. Es de esperar que esto la haya hecho reflexionar. Ayúdame.

Abrieron la puerta. Entre los dos supieron alejar de allí a las ratas, que se escabulleron atropellándose para huir por la trampilla, que luego Sunnison, sin temblor en sus manos, como simulaba cuando actuaba como pianista, cerró.

—Se ha puesto perdida —gruñó Howe—. La trasladaremos. Charity cuidará de ella... Esta chica vale cien mil dólares...

—No lo olvido —gruñó el otro.

Se encontraron con Clarke en el pasillo, miró a la muchacha, y dijo:

—Que Charity la bañe, y que le proporcione otras ropas.

—Está bien. Avisala tú mismo, John.

—Sí...

La condujeron a otra estancia, con cierto parecido a la anterior pero algo más cómoda incluso. Hasta tenía cuarto de baño. Aún desvanecida, la dejaron en el cuarto de baño, cuando entraba Charity. La miró y dijo:

—Ayúdame a desnudarla; la meteré bajo la ducha. Y llevaos esa ropa de aquí. Le he traído prendas limpias.

Rose no se enteró de que varias manos la estaban desnudando, y que dos pares de ojos masculinos estaban descubriendo todo en ella... Charity, de todos modos, era una impecable barrera... y los cien mil dólares que estaban en el aire.

—Salid ya, asquerosos —masculló Charity.

El pianista soltó una risita nerviosa. Howe se limitó a volverse de espaldas; ya ambos salieron. Sin más, abrió el grifo de agua fría correspondiente a la ducha, y los chorros pulverizados empezaron a caer sobre la cabeza y el cuerpo de la chica la cual, unos segundos más tarde, abrió mucho los ojos; estaban enrojecidos, extraviados. Quiso salir de allí, pero Charity se lo impidió de un empujón. El agua helada caía sobre su cuerpo... Gritaba, se ahogaba... tenía el rubio cabello pegado al cráneo, al rostro... Le parecía que el agua, al caer punzante sobre su piel, era como uñas de rata...

Charity, de pronto, cerró el grifo.

Caída en la bañera, jadeando, sollozando, estaba Rose.

—Arriba. Puede secarse. Le tengo preparada ropa limpia. Mientras se seca y se viste, tiene tiempo para reflexionar.

Temblando, sollozando, cegada por la irritación en los ojos, salió torpemente, y se envolvió con la toalla. La mujer la empujó hacia el cuarto. Había allí un pantalón parecido al que llevaba antes, y un blusón muy ancho, holgado, blanco. Ninguna otra prenda.

Rose, en absoluto serena, pensaba en las mil torturas a que podían someterla si no hablaba. Pero... si decía el lugar de la reunión, la matarían, sin más... Y nadie, jamás, sabría lo ocurrido con ella... Desparecería del

mundo de los vivos del modo más espeluznante.

Tenía que pensar algo y rápido...

Se puso los pantalones; le iban bastante apretados, y sus formas se pronunciaban de un modo llamativo. Por contra, el blusón le quedaba muy ancho, muy escotado; cualquier movimiento algo brusco podía causar la aparición de sus senos.

¡Ya tenía la idea! ¡Se le había ocurrido de pronto!

—¿Y bien, *miss Lange*...?

—Está bien... —susurró, temblorosa, Rose—. Pero... pero quisiera imponer... unas condiciones...

—Te daremos dinero, no temas. Y...

—¡No quiero dinero! Y-yo... Solo quiero irme...

—Bueno... como quieras. Llamaré a John.

La dejó encerrada, y salió en busca de Clarke y los otros.

Maduraba su idea. Podían aceptar... Y era su salvación.

Se sentó, cerró los ojos, y se dedicó a relajarse, a compasar su respiración. No era fácil...

Ni le dieron mucho tiempo, puesto que hicieron su aparición a los pocos minutos. Clarke apareció con una sonrisa de benevolencia. La miró a los ojos, y dijo:

—Parece ser que ha recapacitado, *miss Lange*.

—Ya he dicho que... que ha de ser con condiciones...

—Podemos escucharla.

—Bien... —se humedeció los labios—. Yo les diré el lugar de la reunión, pero lo haré mañana a mediodía, en un lugar público, junto a algún policía... No pretendo que nadie nos oiga, claro está. Solo que ustedes no puedan matarme... Yo hablé, y me marché inmediatamente...

—A contárselo a la policía —masculló, furioso, Clarke—. ¿Cree que somos idiotas?

—N-no... no pienso decir una palabra...

—¡Basta! —estalló Charity.

Rose cerró los ojos.

Por supuesto, había sido de un absurdo optimismo, concediéndole a su plan la menor probabilidad de éxito.

Clarke estaba pálido de ira. Los demás, se mostraban también muy hostiles.

El silencio, tras el grito de Charity, se estaba espesando por momentos.

Hasta que Clarke, con tono de voz mesurado, dijo:

—Está bien, tenemos tiempo hasta mañana, a las nueve de la noche. Quedan bastantes horas por delante para que reflexione. Su plan, como ha visto, no ha sido aceptado. Podríamos llegar a un acuerdo con dinero. Cinco mil dólares para usted, y...

—Y... y me matarían luego... Ustedes son unos asesinos...

—¿Por qué? Aún no hemos aceptado el crimen que propone el hombre

de los cien mil dólares.

—Pero... son tan raros, tan extraños, que...

—¿Qué le parece tan raro de nosotros, *miss Lange*?

—¡Todo! —casi gritó, con un sollozo.

—Tranquilícese... Y de momento, quédese en esta habitación. Ya decidiremos algo —miró a los demás, y agregó—: Vamos.

La dejaron sola. Encerrada.

Rose miraba todo el perímetro de la estancia, a ras del suelo, buscando alguna nueva trampa para ratas. No vio nada de eso.

En el exterior, Clarke parecía algo preocupado.

—Vamos a perder cien mil dólares, si esa muchacha sigue tan recalcitrante... —murmuró—. Ella sabe muy bien que la única forma que tiene de seguir viviendo es tener la boca cerrada. Esa es la cuestión... Tiene un poder sobre nosotros. No podemos matarla.

—Yo creo que, de todos modos, se exagera la cuestión —dijo Howe—. Yo...

—¡Tú, a callar! —se excitó Charity—. ¡Debiste avisarnos lo ocurrido con la muchacha, con su primer robo en el buzón! ¿Eres estúpido? ¿Quién va a dejarnos veinte dólares por las buenas, sin un mensaje, sin nada que...?

—Basta —intervino Clarke—. Discutir entre nosotros no conduce a nada.

Howe, como si no hubiese oído a Charity, prosiguió:

—Estaba diciendo que, en definitiva, si ella no habla perdemos cien mil dólares, eso es todo. Pero... ¿seguro que los perdemos? ¿No volverá por aquí ese tipo, sea quien sea?

—Si faltamos a la cita, desconfiará, se asustará. Tú sabes muy bien con qué clase de gente tratamos. Por lo demás, renunciar a cien mil dólares es muy fácil de decir. Tenemos que trabajar, darnos prisa... Hay cosas que no duran siempre, lo sabemos por experiencia... Ya pensaré algo.

—¿Cuándo? —inquirió Charity.

—Esta misma noche. Quedan muchas horas, pero el tiempo corre en contra nuestra. Quiero ver también a Max y a Douglas. Nos reuniremos todos. Se trata de hacer un... inventario de la situación, fríamente, con toda objetividad. Y luego, ver la forma de resolver las cosas.

«CAPÍTULO 5»

A

BRIERON aquella puerta, y Howe le dijo:

—Baje, *miss* Lange. Y... buena suerte.

Rose, en lo alto del tramo, con la puerta cerrada a su espalda, miraba, atónita, lo que había abajo.

Se sentía mareada, muy cansada... Cuando la dejaron en el cuarto, a solas, estuvo a punto de dormirse; la acogió una somnolencia dulce, cada vez más dulce; debía ser el hambre, la tensión, las emociones de aquel día que jamás podría borrar de su mente. Y justo cuando el sueño estaba apoderándose de ella, la pusieron en pie, y sin darle la menor explicación la obligaron a ir a aquel lugar.

Desde arriba, sin atreverse aún a dar un paso, veía aquella extraña escena. Dos mujeres y un hombre estaban sentados en un sofá. Muy quietos, silenciosos... Si la actitud era extraña, había algo que comenzaba a inquietarle nuevamente: ¡eran ciegos...! ¡Y qué ojos...! O lo que fuese... Los tenían enrojecidos, como vacíos... Ni se distinguía la pupila...

El hombre, además, con aquella barba, tan flácido el rostro...

Y una de las mujeres, tan delicada y frágil... La otra, por el contrario, era rotunda y hermosa... ¡Ciegos!

El hombre tanteó un poco, agarró un bastón, y se puso en pie.

—¿Quién hay ahí arriba? —inquirió, con voz gangosa, ronca.

Rose se estremeció. No podía abrir la boca.

El ciego, de pronto, se puso a cantar.

La mujer más pálida y pequeña, se echó a reír de un modo enloquecedor. La más hermosa, empezó a gritar... gritos, risas, cantos... Hasta que todo, de pronto, cesó. Rose, arriba, temblando, se volvió hacia la puerta, y pegó golpes, sollozó, pidió que la sacaran de allí... Más todo era inútil, vano.

En realidad, pareció resultar incluso contraproducente, ya que de pronto, se apagaron las luces de aquella estancia. Y, a oscuras, con los ojos inútilmente muy abiertos, recordó que la habían advertido: donde iba, la luz no le serviría de nada.

Ya comprendía el porqué, ciertamente.

Las tres personas de abajo eran ciegas... ¡Y qué extraña ceguera...! Parecían mutilaciones...

Temblando, se acurrucó ante la puerta, pegada a ella, sin atreverse a descender a la planta.

Ya nadie reía, ni lloraba, ni cantaba.

Insistió la voz del hombre:

—¿Quién anda por ahí?

—¡Responda quién sea! —chilló una de las mujeres.

Se oyó una risa corta, histérica, y la voz de otra mujer:

—¡Otro ciego...! ¡Le han arrancado los ojos a otro...!

Sintió un zumbido en el cerebro; creyó que iba a perder el conocimiento, pero era demasiada su tensión, su miedo, su consciencia del peligro, como para desmayarse. Estaba auténticamente en vilo.

Oyó:

—No se atreve a bajar, claro...

Y la voz del hombre:

—Voy a ayudar a quién sea.

—Sí, seremos uno más... —sollozó una mujer.

Sobrecogida, creyó entender que no estaba entre enemigos, pero ello no la tranquilizaba gran cosa. Lo oído era suficiente: ¡Les habían arrancado los ojos...! Y, claro, la advertencia de John Clarke al ordenar que la bajaran allí era clara: corría el mismo riesgo...

Oía unos pasos lentos, algo torpes, el sonido de un bastón. El hombre era quien se acercaba a las escaleras, y subía. Rose, vacilante, no sabía qué hacer ni decir. Pero le aterraba correr aquella misma suerte... Ciega... No, no... Ciega, no...

Cada vez estaba más cerca; cada vez Rose temblaba más. Hasta que el hombre casi la tocaba con sus piernas, ya que ella estaba sentada, acurrucada, en el suelo.

—¿Quién es usted? Le ayudaré a bajar.

Rose no podía articular palabra.

—¿Qué le pasa? Hay que acostumbrarse —gruñó Arnold Pittman—. Lo más fácil, y al mismo tiempo lo peor, es compadecerse de sí mismo... Le explicaré que somos tres personas abajo; dos mujeres, y yo. Conviene que seamos un poco fuertes. Haré las presentaciones.

Iba a decir que ella no estaba ciega, pero se abstuvo. Tal vez, de decirlo, despertaría la ira de los demás...

Así que encontrando un hilillo de voz musitó:

—Iré con usted... Pero no veo nada...

—Vaya, otra mujer... Entiendo, por su voz, que es bastante joven... ¿Cómo se llama?

—Rose...

—Yo, Pittman. Agárrese a mí bastón, y vaya contando los peldaños. Son trece en total. Abajo están *miss* Liz Norton y Noemi Sebring...

Rose iba a soltar un torrente de preguntas, pero optó por esperar. Sería más fácil, una vez abajo entablar conversación con aquellos desdichados a

los que habían arrancado los ojos. Sí... ella había visto las cuencas rojizas y descarnadas...

Obedeció; tomó el bastón por un extremo, y fue contando los peldaños, siguiéndole. No hubo incidentes, y poco después estaba sentada en el sofá.

—Yo soy Liz...

—Y yo Noemi...

—M-me... me llamo Rose... —casi sollozó la muchacha.

¿Qué iban a hacer con ella?! ¿Qué?!

—No llores... —se oyó la voz más cálida de Noemi Sebring—. No sé que te habrán hecho a ti, pero cuando a mí me dejaron... sin ojos, cada lágrima que intentaba derramar era una tortura... Ahora... Ahora, ya no lloro; estamos embrutecidos... Pero no seamos patéticos. Liz, por favor, ¿quieres poner música?

—¡No! —gritó, horrorizada, Rose—. N-no... No me siento capaz de oír música ahora... ¿Cómo pueden tomárselo así? ¿Qué... qué hicieron ustedes... para que les ocurriera esto?

—¿Qué importa ya? —se oyó la voz de Pittman—. Son auténticos monstruos... ¿Y a usted? ¿Dónde y cómo la han atrapado?

—S-son... son asesinos... —gimió Rose.

—No lo crea. Son gente muy lista, muy cauta... Nos han hecho mucho daño, es verdad, pero no matan...

Rose pestañeó.

¿No mataban?

Realmente... aquellos tres ciegos eran muestra de que el tal señor Pittman podía estar en lo cierto. Entonces, ella estaba callando el lugar de la cita y corría, absurdamente, un riesgo cierto de perder los ojos...

Liz Norton se puso a cantar, de pronto.

Rose cerró los ojos. Ciegos, y enloquecidos...

¿Qué era peor?

—Calla. A Rose no le sienta bien la música ni las canciones ahora —dijo Noemi.

—¡Pues que se vaya al infierno! —chilló—. ¿A mí qué me importa lo que a ella le vaya bien o no? Algo habrá hecho... Si yo estoy así y canto, ella que haga lo mismo. ¿No dicen que los pájaros ciegos son los que mejor cantan? Pues basta con que se crea un ave, como yo.

—Ya basta —intervino apaciguador, Pittman—. Tened en cuenta que lleva solo unos minutos aquí. Ya se amoldará a las perpetuas tinieblas, a esta vida a oscuras, con solo música, nuestros llantos, nuestras risas, nuestros propios disparates... Ciegos, locos, sin esperanza... deja que todo eso, poco a poco, vaya penetrando en su mente. De lo contrario, podría no resistirlo...

—¡Pues que se muera! —gritó Liz—. Tú lo que buscas es otra amante... Aquí eres como el gallo en el gallinero, y esa creo es bastante joven. Y puede que bonita... ¡Es todo lo que te interesa, otra amante! Pero... ¿sabes

una cosa? —casi silbó—. Si vuelves a atravesar mi biombo, te mataré... No sé cómo, pero te mataré... Y tú, niña, procura dormir sin respirar... que no te oiga, que no descubra dónde estás... O, mejor, otro consejo: no duermas. No duermas nunca. Esa bestia babosa...

—Estás desquiciando las cosas... —intentó protestar Pittman.

—¡Atrévete a desmentirme!

—Mira, yo...

—¡Vale más que cierres la boca! Y tú, Rose, ya verás lo que haces. Y lo de «verás» es un decir, claro...

Volvió a oírse la risa hiriente de Liz.

Rose, sobrecoyida, aterrada, sintió deseos de echar a correr, sin importarle tropezar y romperse la cabeza, hacia las escaleras.

Y tiritó cuando notó una mano en su hombro derecho; una mano que descendía. Se apartó bruscamente, causando cierto revuelo.

Y se oyó el graznido de Liz:

—¿Lo ves?! ¡Apuesto a que ya intentaba algo, el muy cerdo! ¡Y voy a poner música, pese a quién pese!

Debía tenerla bastante a mano porque, en efecto, segundos más tarde se iniciaban las notas de una trepidante melodía. Por su parte, Rose, aturdida, ensordecida por el tremendo volumen del tocadiscos, cada vez con el miedo más introducido, punzante, en su cerebro, en su corazón, se retiró, alejándose de las manos del ciego.

Noemi, la primera en pedir música, había abandonado el sofá, según percibió Rose, y debía estar bailando locamente; se oían sus jadeos, sus grititos animándose a sí misma, sus gemidos de éxtasis... Rose seguía apartándose, como que riendo huir del sofá, de allí, pero las manos de Pittman la seguían buscando...

Optó por ponerse en pie y alejarse; no sabía hacia dónde pero quería alejarse. Era tan absoluta la oscuridad... tropezó con un biombo, lo derribó y casi cayó al suelo, desgranando un agudo grito.

Dio trapiés de nuevo, y un segundo biombo se derrumbó, y aquella vez no pudo mantener el equilibrio y quedó en tierra, envuelta en el más profundo terror. Por el ruido la habían localizado y todos tiraban de ella. La aferraban por las manos, por una pierna, por los cabellos...

Se oían las voces jadeantes de las dos mujeres y el hombre:

—Ven a bailar... ¡Ven a bailar! —gritaba Noemi.

—Deja a esa loca —murmuraba Pittman—. Hay más biombos, y lechos... Ven conmigo...

—¡Música, música...! —gritaba Liz Norton.

El mundo empezó a rodar en torno a Rose, cuya mente empezaba a mostrar peligrosos lapsos, puesto que no sabía a ciencia cierta si todo era una pesadilla, o algo real que le estaba ocurriendo... Un cerebro en el que comenzaba a notar vacíos... La enloquecerían, la dejarían ciega... Y para siempre con aquellas tres personas horrendas, a cual más... Y a oscuras

para siempre... ¡Para siempre! ¡Para siempre! ¡Para siempre!

Pensamientos como latigazos, que la hacían retorcerse entre las manos de aquellas dos mujeres y el hombre...

No, no...

—¡¡¡DEJENME EN PAAAAZ...!!! —gritó, con un terrible y desgarrador agudo.

No la hicieron caso. La música retorció sus nervios. Aquellas manos... Noemi debía bailar, a juzgar por los movimientos que percibía de oído; además, Liz tarareaba...

Terminó el disco, y Rose quedó en el suelo. Nadie la tocaba ya.

—¡Más música! —exigió Noemi.

—Ya voy, ya voy... No veo nada... A ver ese estúpido tocadiscos... —rezongaba Noemi Sebring—. De todos modos, creo que para despejarla un poco podríamos meterla debajo de la ducha. Ayudadme, hay que hacerlo. Tú empieza a desnudarte, o lo hará Pittman... sin mucha delicadeza... pero hay que ir acostumbrándose... ¡Vamos al baño!

Aún en el paroxismo del terror, entendía perfectamente una cosa: de momento, no la habían cegado, como a aquella gente. Pero lo harían. Y luego, se volvería loca allí dentro... Ciega, inútil para la vida...

Le estaban tirando de la ropa; el ancho blusón casi no ocultaba nada, pero estaba claro que eso poco importaba... de no ser por las manos de Pittman. Así que la joven, con un resto de fuerza, rodó por el suelo, alejándose por sorpresa. Y rodó y rodó... No sabía dónde estaba, pero, por lo menos, sí lejos de aquellos locos...

Los oía maldecir y gritar a pocos pasos, armando revuelo, buscándola...

Cerró los ojos un instante; estaba completamente impregnada de sudor; no reparó en ello hasta aquel momento. Se asfixiaba... Y no tuvo más remedio que preguntarse qué muerte era peor. Si una rápida, de un disparo, por ejemplo, o... aquella muerte lenta de los sentidos, del cerebro, sin la menor esperanza...

Comenzó a llorar. Lo que estaba pensando hacer la condenaba irremisiblemente a muerte, pero lo prefería.

Iba a hablar. Iba a decir lo que ellos esperaban.

Y a morir.

Lo prefería mil veces.

Estuvo a punto de gritar de histeria, cuando la música empezó a sonar de nuevo a todo volumen; por lo visto, Liz y Noemi habían llegado hasta el tocadiscos... Y oía risas contenidas.

La muchacha estuvo quieta un par de minutos. Era cuestión de encontrar las escaleras, subir, aporrear la puerta, y... confesar. Adiós a la vida...

Se movió despacio, pero tuvo suerte; tropezó con el último peldaño justo cuando terminaba la infernal música enloquecedora. Y trepó, procurando no hacer ruido. Los jadeos que contenía estaban reventando su

pecho; los ojos llenos de lágrimas aleteaban de horror.

Por fin, llegó hasta la puerta, sólida, infranqueable. Por supuesto, comenzaría a golpear, pero corría el peligro de que no la abrieran a tiempo, y Pittman llegase antes hasta ella... Así que sin más, repetidamente, gritando al mismo tiempo:

—¡ABRAAAN...! ¡LO DIRE TODO...!

Se llevó una sorpresa. Abajo oía gritar y maldecir a Pittman, que se aprestaba a subir, pero la puerta se abrió casi de inmediato, y sollozando, temblando, quedó en brazos de Douglas. Mientras Max cerraba de nuevo, cambió con Douglas una mirada de triunfo, sonriendo sardónicamente.

—Perfecto... —murmuró Douglas—. Ha dicho que lo confesará todo. ¿O hemos oído mal?

—No, no... L-lo... lo diré todo... Ahora mismo: mañana, a las nueve de la noche, ese hombre estará... estará en... en un café de la Tompkins Square. El bar se llama... se llama «Morosco»...

Y se desmayó.

Soltaron un suspiro de satisfacción.

—Vamos a dejar a la muchacha en un cuarto, y corramos a dar la noticia a los otros.

—Y a felicitar a John por su gran idea...

—Por supuesto... Andando.

Puertas, pasillos...

Poco después, dejaban a la inanimada Rose en el mismo lugar donde había estado por última vez. Allí, al parecer, no había trampillas para ratas, y podía sentirse cómoda... mientras viviera.

Cerraron por fuera, y corrieron a reunirse con los demás, que estaban en el cuarto de las máscaras y maquillaje, en aquel espectacular camerino, que parecía una tienda de artículos para carnaval.

John Clarke, Sunnison, Howe, y Charity, adivinaron la verdad, al ver la expresión satisfecha de los dos hombres que acababan de entrar.

Antes de que alguien pudiera abrir la boca, Douglas dijo:

—Mañana, a las nueve, en el bar «Morosco», de Tompkins Square. Te felicito por tu gran idea, John.

Hubo expresiones de alivio entre los que habían estado esperando. John Clarke, el director de orquesta, se puso en pie, pensativo, y dio unos paseos por la estancia.

—Bien... Bien —dijo, deteniéndose, y mirando a todos—. Sunnison se ocupará del contacto con ese hombre. Por lo demás, como veis, nuestros planes siguen su marcha, perfectos, sin más trabas ni peligros. Creo, por tanto, que ha llegado el momento de ir a descansar.

—¿Y matar a la muchacha? —masculló Charity.

John la miró con cierta dureza.

—¿Acaso quieres que sea ahora mismo? —masculló.

—Pues no estaría mal que...

—Por favor —interrumpió Clarke—. A esa chica no la tocará nadie antes de mañana, después de que Summison haya regresado de ese bar; después de que compruebe, en consecuencia, que lo que nos ha dicho es cierto. ¿Está claro? Ha podido mentir por simple terror, por salir de ahí abajo... Antes de matarla, hemos de estar seguros. ¿Comprendido?

—Tienes razón —intervino Howe—. Primero, verifiquemos que ha dicho la verdad.

—¡Es muy hermosa, ¿no?! —chilló Charity.

—Sí. ¿Y qué? —inquirió, fríamente, Clarke.

—Bien... Si pensáis que dejarla con vida...

—Estamos discutiendo tonterías —cortó John—. Por mí parte, voy a descansar. Te recomiendo que hagas lo mismo. Y todos. El día ha sido bastante agitado... Esa chica nos alteró los nervios. Buenas noches. Por cierto... recordadme mañana que felicite a Pittman y a las dos mujeres.

Se echaron a reír.

También eran de locura aquellas risas...

«CAPÍTULO 6»

A

BAJO, en el sofá, estaban Pittman y Liz, fumando.

Noemi, que no se encontraba muy bien, seguía en el lecho, tras su biombo. Sin embargo, Noemi, al oír abrirse la puerta de arriba, y el rumor de gente que bajaba, se apresuró a saltar de la cama, y aparecer en la estancia, quedando en pie, mirando a aquellos dos fantoches de peluca blanca, estilo medieval; aquellas casacas, aquellas extrañas caras...

Pittman y Liz, por su parte, también se habían puesto en pie, y miraban con ansiedad. Por supuesto, ninguno de los tres llevaban ya aquel maquillaje en sus ojos que dio a Rose la impresión de que habían sido cegados mediante horribles torturas.

—Creí que nos habían mentido...

—Nada de eso, señor Pittman —dijo Clarke, uno de los disfrazados—. Siento haber tardado un poco, pero tenemos muchas ocupaciones. Además había que resolver algunos problemas. Bien... en primer lugar, debo felicitarles por su espléndida labor de anoche. Fue cosa de verdaderos artistas.

—A mí no me gustó lo más mínimo... Pobre muchacha... —susurró Noemi.

—No se preocupe. A ella no le ocurrirá nada. Y ustedes se han ganado la libertad, como les prometí. Todo ha salido perfectamente, con el consiguiente beneficio común. Y para que ya no alberguen más dudas, vamos a empezar él... plan de libertad, pero, como les dije, escalonadamente, aunque les aseguro que para dentro de tres días ninguno de ustedes seguirá ya aquí. Por orden de antigüedad, corresponde salir en primer lugar a *miss* Sebring. Cuando quiera, pues.

—Entonces... entonces es... es cierto que... —casi sollozó.

Clarke sonrió amablemente diciendo:

—Claro que es cierto. Si quiere tomar alguna cosa de su pertenencia...

—S-s-sí... ¡Claro que sí! Dios mío... —se echó a llorar francamente, mientras corría hacia su biombo, temblando de alegría.

Pittman se humedeció los labios.

—¿Y nosotros?

—Usted marchará mañana, probablemente. Y a continuación, *miss* Norton. Tenga la seguridad de que cumpliremos nuestra promesa. Les

felicito de nuevo por su perfecta actuación con...

—¿Qué ocurrirá con esa chica? —inquirió Liz.

—Oh, bueno, dejemos eso, ¿les parece?

Liz encogió los hombros.

—Como quiera —dijo, displicente—. Lo único que me interesa es salir de aquí... De todos modos, no puedo evitar sentir cierta compasión por la pobre muchacha... Fue demasiado. Creo que incluso nos excedimos.

—No, no —protestó Clarke—. Fue perfecto.

Entonces este miró a Noemi, que salía completamente vestida y con un bolso. Allí no había equipajes. Cada cual estaba con lo mismo que llevaba el día en que salió de su casa, para no regresar. Así que, pálida, con lágrimas aún en las mejillas, cierto temblor de nerviosismo, de alegría, estaba ya dispuesta.

—Veo que está lista. Vamos. V ustedes, estén tranquilos.

No se habló más. Pronto estaría de nuevo en la vida, en la libertad, en el mundo que había abandonado durante muchos larguísimos días... Y su familia no pagó un centavo. Malditos... Llegaría a casa, y muchas cosas cambiarían en su vida, sí... Muchas.

Poco después, atravesaba aquella maldita puerta de hierro, y respiró hondo. Aquel olor que se percibía, si bien tenue, impregnaba todo el ámbito... Pero, ¿qué importaba? ¿Y qué importaban tantos pasillos y puertas, si una de ellas conducía a la libertad?

—Por aquí —dijo Clarke, tomándola de un brazo.

Sin despegar los labios, penetró en la estancia cuya puerta acababa de abrir Clarke. Y una vez allí dentro, con los ojos muy abiertos, no sabía disimular su sorpresa... Aquello era... irreal, fantástico... ¿Qué significaba todo aquello? Había otros dos hombres, una mujer muy gruesa, que la miraba con... malignidad; sí, exactamente, con malignidad... ¡Y estaba también Rose...! muy quieta... ¡Qué bonita era...! Pálida, con ojeras, enrojecidos los ojos de llorar, de insomnio tras el desmayo; el terror se veía en sus pupilas...

Había una mesa de mármol, bastante grande... Luego, en un rincón, una extraña bañera, con varios grifos, o lo que fuese aquello...

—N-no... no está ciega... —susurró Rose—. ¿Qué... qué significa esto? Noemi pestañeó.

—Tampoco yo entiendo gran cosa —musitó—. Perdone lo de anoche, pero... Era necesario hacerlo, ¿comprende?

—Pero... ¿no están ciegos ni locos ni...?

—No. Ya ve que no.

—¿Entonces? ¿No les han torturado, no les han...?

—Nada. Fue... un engaño, una broma; un susto para usted...

—Dios mío... Pero, Noemi, esta gente asesina...

—No, no... No lo creo —dijo—. Es cierto que secuestran personas, y no nos sueltan hasta que el rescate obra en su poder, pero no han matado a

nadie...

Intervino John Clarke, entonces, mirando a Rose:

—¿Lo ve? —dijo—. Usted tiene una idea equivocada de nosotros... No hacemos sufrir a nadie. Es verdad que secuestramos, como ha dicho *miss* Sebring, pero de ahí no pasamos. Y más adelante le explicaré más cosas. Sepa que no quiero hacerle daño. Ahora, váyase con Howe. Noemi Sebring va a ser puesta en libertad, y...

De súbito, ocurrió algo de un modo veloz, vertiginoso, en realidad.

Y espeluznante.

Fue la gorda y enferma Charity. Llevaba en su mano derecha un afiladísimo punzón.

Y actuó.

Con un grito de rabia, de locura.

—¡Mentira! ¡Mentira todo...! ¡He aquí lo que hacemos...!

Nadie pudo detenerla.

Charity, que estaba a espaldas de Noemi Sebring, se abalanzó sobre esta, y el arma se clavó horriblemente en la nuca de aquella mujer que cayó de rodillas al momento, como un toro apuntillado. Ante la estupefacción de los demás, lo extrajo y lo hundió de nuevo con rabia. Luego, jadeante, con el ensangrentado punzón en la mano, miraba a Rose, que estaba convertida en una estatua, dilatados hasta causar espanto los ojos, temblorosa la exangüe boca, y un grito en su garganta que pugnaba por brotar, sin conseguirlo...

Los demás, simplemente, miraban.

Clarke con ira. Los otros, como aceptando aquella fatalidad.

—¡Y ahora no es una broma que esté muerta! —chilló Charity.

No. No era una broma. A Noemi casi le habían saltado los ojos de las órbitas al morir.

Por fin, tras un suspiro, Clarke musitó:

—Has hecho mal... Esta chica. Rose, hubiera podido sernos útil. Piensa que una cara bonita y joven entre nosotros, podría hacer las cosas mucho más fáciles. La habríamos convencido de...

—¡Te equivocas! —chilló Charity—. ¡Está llena de perjuicios, no nos interesa para nada...! ¡Ya somos bastantes nosotros, además!

—Ahora, nos obligas a matarla...

—¡Eso es lo que quiero, que muera! —estalló Charity.

—Lo has conseguido... Después de lo que ha visto, no podemos confiar en ella. Bien, será esta noche, después de que hayamos comprobado que nos ha dicho la verdad sobre el lugar de reunión con nuestro futuro cliente. Ahora, a trabajar con Noemi Sebring.

Allí estaba Rose, petrificada.

Estaba postrada, rota. Quizá, de haberla empujado, hubiese caído rígida como un poste; era como si se hubiera secado la sangre en sus venas. Veía, pero no creía... Su cerebro se negaba... Porque aquello era el horror más

grande que podía imaginar...

Nadie le hacía caso en aquellos momentos. «Trabajaban» con Noemi Sebring. La habían colocado sobre la mesa de mármol, mientras Howe lavaba la sangre que había brotado de la nuca. Luego, la desnudaron completamente. Era necesario. Todos allí, excepto Clarke, que vigilaba la buena y rápida marcha de la operación, estaban colaborando activamente.

—¿Se fija, *miss* Lange? —dijo Clarke, mirándola.

Era incapaz de responder. Estaba paralizada. Quizá funcionaba su oído, y la vista, pero nada más, aparte de una respiración lenta y dolorosa; cada inspiración era un latido monstruoso en su pobre cerebro.

—Vamos a embalsamarla. Por supuesto, no va a asistir a nada espectacular, ni sangriento... Nosotros no usamos los procedimientos que describía Heródoto... Es decir, no extraemos el cerebro del cadáver por las fosas nasales, ni luego abrimos las entrañas para extraer las vísceras susceptibles de más pronta putrefacción. Tampoco usamos betunes antiguos. Nuestras fórmulas son de lo más moderno en este sentido... Cierto que no hemos descubierto la fórmula con la que se embalsamó a Stalin, pero nos va bien... ¿Sabía que para embalsamar al dictador hicieron, antes, pruebas con setenta cadáveres? Bueno, ¿qué importa eso? Le decía que nosotros usamos formaldehído; combinación de carbono, hidrógeno, y oxígeno... ¿Se siente mal?

Los párpados de Rose estaban caídos; pero seguía allí, como una estaca.

—Howe es un gran experto. Ahora, inyectará esas soluciones conservadoras en venas, arterias y arteriolas del cadáver... Luego, tenemos esa bañera, donde se da al cadáver un baño de natrón... esto sí es una técnica antigua. No usamos perfumes modernos por... simple precaución; son olores muy llamativos. Y aunque el patrón también huele, su olor es menos conocido, y, por ende, nada comprometedor.

Rose había vuelto a abrir los ojos, y miraba a Clarke.

No quería ver lo que estaba haciendo Howe con Noemi...

Dios... ¿estaba viva? ¿Su cerebro no se había vuelto al revés?

—Más tarde, cuando el cuerpo lleva sumergido unas horas en natrón, lo sacamos de la bañera, y... Bueno, ya es simple cuestión de vendaje... De eso me ocupo yo. Tenemos vendas de lino... Sé cómo envejecerlas adecuadamente, y, además, voy disponiendo de restos de vendajes de momias antiguas, así como de sarcófagos...

Rose pareció encontrar un hilillo de voz, y musitó:

—¿Quiere... quiere decir que... que transforman, después de asesinar a sus víctimas, en momias y... y las venden en los sarcófagos que... que...?

—Así es, querida —sonrió Clarke—. Tenemos a esa gente abajo, con orden de asesinato... y habiendo cobrado ya la... prima correspondiente. Hacemos las cosas bien; muy bien... A veces, hemos de esperar muchos días antes de asesinar a alguien, en espera de que llegue algún sarcófago. En ocasiones, llegan dos o tres en pocos días, y trabajamos bien y rápido.

—Dios mío... Pero este horror...

—Es un simple negocio —cortó un tanto seco—. Un negocio sucio; uno más. Hay muchos en el mundo. Matamos a determinadas personas, sí, y por ello somos unos asesinos. De acuerdo. Pero hay otros personajes que, lentamente, sin piedad, por medio de la explotación del hombre y la injusticia más inicua, van asesinando lentamente a las masas. También son unos asesinos, y peores.

Rose pestañeó.

—Me parece que ustedes son unos locos resentidos que...

—Cállese. Nada de eso viene a cuento ahora. Aceptamos la misión del crimen; matamos según el encargo. Pero no de un modo brutal y estúpido, no. Porque los asesinatos, usted debe saberlo, siempre son descubiertos por la policía. ¿Motivo? El cuerpo, casi siempre, aparece... Y a través de eso, llegan hasta el criminal. Con nosotros, aunque el cliente ignora lo que hacemos, ocurre todo lo contrario: el cuerpo no aparece jamás. Embalsamado, convertido en momia, metido en un sarcófago auténtico, pasa a adornar la casa de algún aficionado, o de algún «snob». Y allí está nuestro cadáver, años y años, sin que a nadie se le ocurra pensar que los vendajes ocultan un cadáver por el cual sus asesinos han percibido una buena cantidad.

Estaba atónita. Era como si tuviera un telón en el cerebro.

—¿Comprende el negocio? —gruñó—. Es doble. Por una parte, lo que cobramos del cliente que nos hace el encargo. Por otro lado, tenemos el beneficio de la venta de la momia. Y... ¿sabe una cosa? ¡Nunca nos habían ofrecido cien mil dólares! Usted, en consecuencia, no podía arruinar ese negocio magnífico...

—Entonces... —sonó, temblorosa, la voz de Rose—. Pittman y Liz también van... van a seguir ese mismo camino que...

—Por supuesto —atajó—. Serán otras tantas momias.

—Les engañaron, les...

—¡Pues claro! —rio, interviniendo, Charity—. De aquí no sale nadie con vida. Todos salen en antiquísimos sarcófagos, y con su cuerpo con un promedio de conservación de cincuenta años... ¿No es un entierro maravilloso? Ellos correrán la misma suerte que otros anteriores, claro. Si usted supiera la de gente que está deseando deshacerse de ciertas personas que les rodean... Quien tiene dinero y agallas, paga, y se libra limpiamente de quien le estorba... En fin, como decía John: un negocio más.

—¿Y la música, los conciertos, ese teatrillo que...?

—No sea ingenua —dijo Clarke—. Simples tapaderas. Nos va muy bien así. Y... algún día cerraremos, y nos iremos a vivir tranquilamente nuestros últimos días a cualquier rincón feliz y en paz. Ya vamos siendo viejos...

Sonó la voz de Howe, entonces, lo que hizo que todos le mirasen, incluida Rose:

—Esto está listo —decía—. Dentro de unos minutos podremos meter el cuerpo en la bañera.

—De acuerdo —dijo Clarke—. Para mañana, tenemos lo de Pittman. Nos ha ido bien y rápido esta vez, así que...

—Un momento —cortó Charity—. ¿Qué te propones? Lo de Pittman puede esperar... Quedamos en que el sarcófago de mañana sería para *miss* Lange... ¿O cómo vamos a deshacernos de ella? ¡Tiene que seguir el mismo camino que los demás! No, no, no... No quiero prolongar la vida de esa muchacha... Imagino, asquerosos, que alguno de vosotros, y creo que eres tú, John, albergas ciertos... sucios pensamientos con respecto a ella... Hasta es posible que pienses en ese retiro en paz en compañía de esa muchacha joven, muy bonita y decente, y... aterrada...

A John Clarke le destellaron los ojos.

Masculló:

—Que yo sepa, aún mando aquí. Vamos, ayudad a introducir el cadáver en la bañera, y luego conducid a Rose a su cuarto. Hasta tanto Sunnison regrese esta noche de hablar con nuestro posible cliente, ya se decidirá formalmente su suerte.

Y, furioso, se marchó, mientras Charity emitía una risa de loca...

—Te quiere para él, pequeña... —dijo, mirándola—. Pero... pero no será así... Tú morirás...

Fue como un silbido final.

No podía ni tragar saliva; era como de madera. Dios... ¿todo aquello estaba sucediendo realmente?

Ya estaban trasladando el cadáver a la bañera. Lo introdujeron rígido, con gran cuidado... Y el cuerpo quedó sumergido en el natrón... Saldría de allí para ser vendado, convertido en momia, y su destino sería un sarcófago, y adornar la casa de alguien...

Se encontró, de pronto, llorando y riendo al mismo tiempo. ¡Lo mismo querían hacer con ella...!

«CAPÍTULO 7»

A

QUELLA noche, en la sesión-concierto del teatrillo había faltado Sunnison, el pianista; a ello, obviamente, nadie le dio la menor importancia. Todo fue normal; una docena de espectadores, música triste, y dos aplausos al final, con un desfilar silencioso de los pocos asistentes.

A las diez y media, en su punto de reunión, en una de las muchas estancias de aquella combinación tienda-teatro-sótano, cinco personas se estrujaban las manos, paseaban, fumaban, silenciosos, en espera de la llegada del compinche, encargado de la entrevista en el «Morosco» con el presunto cliente de los cien mil dólares.

Charity era la única que no paseaba; estaba apoltronada en un sofá, respirando fuerte, con cierta fatiga.

—¡Me estáis poniendo nerviosa! —estalló de pronto.

Clarke detuvo sus paseos y la miró con rabia.

Los demás no le hicieron el menor caso.

—Cierra la boca —masculló—. Estamos ante el mejor negocio de nuestra vida. Estoy pensando, incluso, que nos quedará lo suficiente, después de esto, para retirarnos de una vez. Tenemos más de doscientos mil dólares por cabeza; en efectivo, a nuestra libre disposición, y sin que nadie, ni remotamente, tenga idea de nuestras actividades. Allá donde fuésemos, se nos acogería tranquilamente, como a viejos que solo buscan paz. En eso estoy pensando, sí.

—Aún falta por llenar tres sarcófagos.

—Dos —puntualizó Clarke.

—¡Te has enamorado de esa chica! —aulló Charity.

—No digas tonterías. No creo en eso a mis años. Pero... ¿acaso te importaría, si fuese así?

—Por supuesto, porque sería un peligro no solo para ti, sino para todos. ¡Tres sarcófagos! ¡tres! ¡¿Comprendido?!

Clarke apretó los labios. Optó por no responder.

No entraba en sus planes discutir aquel asunto. Además, se oían rumores y, en efecto, la puerta se abrió instantes más tarde, apareciendo el «socio» con expresión satisfecha, con una sonrisa tenue pero expresiva. Quedó a la espera de que todos prestaran atención, lo cual acontecía ya.

—Cien mil dólares para pasado mañana —fue lo primero que dijo.

—Ahora, hablemos de las dificultades. Nadie regala cien mil dólares.

—No es un regalo. Hemos de hacer lo mismo de siempre; ni más ni menos. Solo que este cliente es más generoso que los demás... lo cual me da una idea; realizar un... cuadro de tarifas, por decirlo así. Es decir, no aceptar lo que nos dé el cliente, e imponer nuestras condiciones. La gente pagaría lo que quisiéramos, dentro de lo razonable.

—John quiere retirarse —masculló Charity.

Sunnison le miró. Pareció que iba a decir algo, pero reflexionó unos instantes. Habló por fin, para decir:

—Muy bien. Tiene derecho a elegir. Puede tomar su parte, y largarse cuando quiera. Por su propio bien, entendemos que John jamás despegará los labios. Nosotros seguiremos.

—Quiere irse con esa muchacha —añadió Charity, malignamente.

—Ah... Eso no... Nosotros no podemos jugarlos la...

—Calla —gruñó John Clarke—. La arpa está complicando las cosas demasiado. Yo solo pido que, de momento, no matemos a la muchacha. Tampoco la voy a soltar, está loco quien crea eso. Pero yo...

—¡Viejo asqueroso! —chilló Charity—. ¿Crees que no adivino tus pensamientos?

John Clarke cerró los ojos. Hizo un esfuerzo, y murmuró:

—Dejemos de lado ese tema. Vamos a preparar las cosas según lo que nos diga Sunnison. Actuaremos una vez más. Tenemos trabajo ahora, ya que esperamos otros dos sarcófagos, para mañana mismo. Hagamos el trabajo, y lo que haya de tratarse sobre asuntos personales, se hará a su debido tiempo.

—Así está bien —dijo Sunnison—. Los negocios, primero. Y el asunto es claro: al tipo le estorba un socio... Nos dirá dónde y cómo encontrarle; nos facilitará toda clase de datos. Y...

Se enfrascaron en la preparación del nuevo asunto.

* * *

La verdad es que Rose ya no tenía lágrimas para llorar. Y si tenía cerebro y corazón, era para sentir miedo. Estaba completamente atenazada por el pánico. Cualquier ruidito la sobresaltaba; un rumor le parecía pasos de ellos, que iban a sacrificarla, a convertirla en una momia de adorno... Su tensión la hacía sudar constantemente; además, no había la suficiente ventilación, y sus poros se abrían.

No dormía, no comía; solo tenía miedo... Miedo, mucho miedo.

No sabía las horas transcurridas; si era de día o de noche...

Estaba acurrucada en un rincón del cuarto. ¿Cuánto hacía que no comía ni bebía? No tenía ni noción de eso; solo que no tenía hambre ni sed... Solo miedo... Su vida era el miedo.

De vez en cuando, tiritaba un poco; cosas de los nervios, del descontrol

de sí misma.

Por sorpresa, sin que hubiese oído el menor ruido, se abrió, de súbito, la puerta de su cuarto. Se puso en pie, se le dilataron las pupilas. Luego, sollozó, como rota, al ver que solo era Charity, que le traía algo de comer. Allí, gordísima, ocupando todo el marco, la miraba con malignidad.

—Come algo si quieres —masculló—. Fue hacia una mesita, y dejó la bandeja.

Intensamente pálida aún, con lágrimas corriendo por las mejillas, miró el contenido, y luego a la mujeruca.

—¡Ven y siéntate! —ordenó aquella víbora.

Casi corrió, presta a obedecer. Se sentó. Estaba de espaldas a la puerta, y, en consecuencia, quedó también de espaldas a Charity. Con el tenedor en la temblorosa mano, no tenía fuerzas para sujetarlo. Además, aquel resuello de la mujer a su espalda... Un resuello que se estaba haciendo más fuerte por momentos... Un resuello que llegaba hasta su nuca y la asqueaba y aturdí al mismo tiempo; de buena gana hubiera salido corriendo de allí...

De todos modos, tenía suerte: no veía el punzón que ya tenía en la mano Charity. Esta, en su fuego interno, y durante algunos años ya, había abrigado la esperanza de ir a vivir con John Clarke los últimos días... Una esperanza quizá absurda, quizá estúpida, pero era una idea a la que había dado mucho calor, y él la despreciaba abiertamente por culpa del capricho que suponía la joven.

¡Pues iba a acabar con ella! Aquel punzón se lo iba a clavar cien veces en la nuca, en el corazón, en la cara, para convertirla en un monstruo de horror...

Sus propios nervios, el galope de su corazón, la velocidad de sus pensamientos, su total concentración, impidieron a Charity oír algo a su espalda.

Completamente tensa, iba a descargar ya el primer golpe, cuando notó aquella brasa profunda, inesperada, brutal, en su espalda. Pero era tanta la grasa que acumulaba, que hacía falta bastante más que una cuchillada en la espalda para acabar con ella.

John Clarke, que acababa de hundir su cuchillo, lo retiró de un fuerte tirón. Con los ojos saltones, con el dolor en su mirada, se volvió, mientras que Rose se ponía en pie, derribando la silla, espantada, temblorosa, con la garganta súbitamente obturada, y observando, con el terror más agudo infiltrado en su cerebro, la actitud de aquellos dos viejos asesinos.

Ni siquiera podía gritar; solo temblar, sudar; parecía que sus bonitos ojos azules querían huir de las cuencas... Ojos que reflejaron el acero ensangrentado del cuchillo de Clarke, cuando este, rabioso babeando, asestó otra cuchillada a la mujer, sin dejarla reponerse... Fue en el cuello... Y otra más, también en el cuello; en los pechos, en el vientre, en el cuello de nuevo...

Por fin, no fue más que un montón de carne cortada, un cuerpo lleno de

sangre, en el suelo, estremeciéndose, como si se resistiera a morir, pese a que la vida se le escapaba por las brutales heridas.

Y en pie ante ella, temblando ya la mano con que empuñaba la enrojecida arma, estaba Clarke, jadeante, desgredada su larga cabellera cana...

Rota de horror tenía los ojos cerrados; era mareante, espeluznante, el espectáculo que ofrecía.

No obstante, en su cerebro se abrió un resquicio. Era un momento psicológico, dado que, todo lo indicaba, Clarke estaba muy impresionado por lo que acababa de hacer, y su mirada estaba hieráticamente fija en el cadáver.

Y Rose, con un tremendo peso en el vientre, con un corazón alocado, casi ciegos sus ojos por el terror trató de aprovechar aquella oportunidad. No quería caer en manos de Clarke, de aquella bestia inmundada, repugnante... Que la dejara ciega, que la matara, pero no quería que aquellos brazos...

Y salió del cuarto con una carrera cuya velocidad a ella misma la sorprendió. Aún tardó unos segundos en oír el rugido de rabia de Clarke quien, por fuerza, tuvo que reaccionar.

—¡Quieta, maldita seas! ¡Detente...! ¡No llegarás a ninguna parte...!

Oyó todo eso ya en el pasillo. No se detuvo, por supuesto. Y... se metió en el laberinto.

Puertas, pasillos; puertas, pasillos... Estancias cegadas, pasillos que no sabía dónde conducían... Sola, con el corazón latiendo con tal violencia que se mareaba, corría, corría; pasillos, laberinto maldito... Puertas, estancias a oscuras... Puertas que abría y cerraba... Cada vez oía un poco más lejos los gritos roncados, furiosos, de aquel asqueroso asesino... Pero alejarse de él, no significaba, ni mucho menos, alejarse del peligro. Quedaban allí otros cuantos hombres, dispuestos a matar, a impedir que ella saliera a la calle... Cinco obstáculos, cinco asesinos.

No tenía la menor noción de dónde se encontraba. Podía estar solo a diez yardas de la calle, como a cincuenta, metida de lleno en aquella increíble trampa de los músicos del «Liberty».

Ya no oía a John Clarke...

Y se detuvo a descansar un poco. Se ahogaba... Su corazón no podría soportar aquella violencia; tenía las piernas como de madera, estaba empapada de sudor; mechones rubios caían lacios sobre su rostro... Descansar un poco, sí... ¿Y luego? Buscar, buscar, buscar... Tenía que existir la salida; ya por el teatro, ya por la tienda de antigüedades...

Siguió adelante; miraría más despacio... Sabría ocultarse cuando notara que la perseguían...

De súbito, al abrir una puerta, se sintió como cegada.

Había luz, bastante luz, allí; abajo, concretamente.

Y atónita, descubrió a Pittman y a Liz Norton.

Estaban ambos abajo. El sentado, fumando, leyendo algo.

Ella en uno de sus momentos de... calor... en el suelo, desnuda, fumando, con la cabellera suelta.

Todos estaban mirándose, sin entender. Hasta que Liz reaccionó, y corrió hacia su biombo. Unos segundos tardó tan solo en ponerse sus pantalones y un jersey.

Rose, sin decidirse a bajar, por miedo a que les encontrasen y quedaran de nuevo en una trampa, de la que ya no le permitirían salir, habló; fue una voz chillona, histérica, temblorosa:

—¡Suban, salgan de ahí...! ¡Rápido, por favor...!

—¡Por Dios, no pierdan más tiempo...! ¡Nos atraparán a todos aquí! ¡Son unos asesinos...! ¡Les explicaré todo lo que hacen...!

Se miraron. Desconfiaban, no entendían...

Aquella chica debía estar loca... Temblaba tanto... Hasta era posible que no fuese más que una drogadicta en las últimas consecuencias de su vicio...

Al ver que no se movían, se dejó caer de rodillas, y empezó a sollozar, hondamente. Era una visión extraña para ellos. Liz, como mujer, con un impulso quizá caritativo —también, tal vez, por curiosidad— empezó a subir. Y él, entonces, decidió seguirla.

Rose les miraba; tenía los ojos llenos de lágrimas, y les veía partidos, en prismas, con raros reflejos. Su boca temblaba tanto que parecía incapaz de poder decir algo con sentido.

—Bueno, no entiendo esta situación —gruñó Pittman—. Yo...

—Les explicaré... les explicaré... —gemía—. Yo... yo he visto lo que han hecho con *miss* Sebring... Yo estaba delante... Charity la asesinó... la inyectaron el formaldehído... Luego... luego la metieron en una bañera de natrón... ¡Y está ahora convertida en una momia, metida en un sarcófago, y a la venta en una tienda de antigüedades! ¡Y ESO ES LO QUE LES ESPERA A USTEDES! ¡Y A MÍ!

No pudo contener el nuevo acceso de llanto. Se estremecía de un modo brutal. Liz, palidísima, muy abiertos los ojos, como si no comprendiera aún, la acarició la espalda, los cabellos, y musitó, con voz temblorosa:

—Pero... pero eso no puede ser cierto... Ellos... ellos nos dijeron que fingiéramos ceguera, locura, para espantarla a usted y...

—Lo sé, lo sé... Yo descubrí que son unos asesinos... Sabía algo que iba a reportarles cien mil dólares, y se las ingeniaron bien para obligarme a hablar... Ustedes me... me dejaron al borde de la locura... pero no les reprocho nada... ¡Les engañaron, sin embargo! ¡Miss Sebring ya no es más que un cadáver embalsamado y vendado...!

—Dios mío... Dios mío... ¡No es posible! —empezó a gemir Liz.

Él, no abría la boca, pero sí comenzaba a sudar; resultaba desagradable en aquellos momentos su cara pálida, húmeda, convulsa, con barba de muchos días...

Entre otras cosas, pensó que lo mejor era huir por su cuenta porque,

evidentemente, dos mujeres enloquecidas por el pánico, completamente histéricas, serían una tremenda demora para su fuga.

Así que, sin despegar los labios, cobarde, gusano, echó a correr, olvidando a las dos lloronas llenas de terror. Oía que le llamaban: le necesitaban... No hizo el menor caso. El huiría de allí... Llegaría a la calle, volvería a su casa, a ver a su familia... Y haría preguntas... Todos eran unos...

No pagaban por secuestrar, sino por asesinar...

¡Por asesinar!

Alguien de su familia había pagado para que lo matasen...

¡¿Quién era el perro o la perra?! ¡¿Quién?!

Y allá iba, enloquecido, corriendo, perdiéndose; laberintos... Pasillos, puertas, estancias cegadas...

Empezó a reír, de pura histeria, haciéndose la ilusión de que se reía de su propio miedo, pensando que era infundado...

Y, junto a la puerta de plancha de acero, las dos mujeres temblaban, lloraban, se desesperaban...

—¿Sabe... sabe el camino, Rose...? —lloró Liz.

—No... No... Dios mío, aquí nos perderemos, acabarán por encontrarnos... Podemos huir...

—Vamos... Vamos, tenemos que hacer algo —gimió Liz—. Quiero salir... ¡Quiero salir de aquí...! Ricky, maldito seas... ¡Te has cansado de mí...! Querías mi muerte... ¡Cerdo, cerdo...! Yo saldré y tu mujer lo sabrá todo... ¡Todo! O eso, o sudarás miles y miles de dólares... ¡Puerco un millón de veces...!

Rose, asqueada, aterrada, la miraba con los ojos muy abiertos.

Y ya las dos, con precauciones, agarradas de una mano, se deslizaban por el laberinto.

«CAPÍTULO 8»

J

OHN Clarke demostró poseer una mente lógica al desistir de la persecución de Rose. Una razón era, la de que no podía competir en ligereza con la muchacha; sus pulmones, su corazón, sus piernas, no resistían; otra era, la de que por querer intervenir él solo en aquel asunto podía echarlo todo a rodar. Era difícil, muy difícil, que la chica por sí sola, encontrase la salida. Pero no imposible.

Lo que hizo, pues, fue ir en busca de los demás.

Estaban en el cuarto, finalizando los preparativos de la operación a realizar en breve.

Le miraron un tanto sorprendidos, al verle sudoroso, desgredado, con diez años encima, a causa del cansancio y del nerviosismo.

—¿Ocurre algo? —inquirió Sunnison.

—La chica anda suelta. Temo que por casualidad encuentre la salida. También, aunque nos parezca poco probable, podría encontrar a Liz Norton y a Pittman, y ponernos las cosas bastantes difíciles.

Lentamente, los cuatro hombres se ponían en pie, mirándole con fijeza.

—¿Cómo ha ocurrido? —le preguntaron, sin el menor asomo de temblor en la voz.

—Bien...

—¿Cómo, John?

—Charity quiso matarla, yo intervine, y... Bien, está perdida por aquí dentro...

—¿Y Charity? —inquirió Sunnison.

—¡Está muerta! La... la mató Rose...

—Vamos, vamos... Esa chica es incapaz de tal cosa. La verdad es que nos preocupa poco la muerte de Charity, pero entiende esto. Tan pronto echemos la vista encima a esa muchacha, morirá.

—Está bien, está bien... —convino, nervioso—. Confieso que me ha creado... nos ha creado, unas complicaciones que no esperaba. Acabaremos con ella, sí.

—Bien, ¿qué has pensado?

—Somos cinco, y existen dos salidas: la tienda, y el teatro —dijo pensando con prontitud y certeza como la ocasión lo requería—. Dos

pueden vigilar esas salidas. Se bastan para conjurar cualquier posible peligro de intento de fuga no solo de la chica, sino de los otros también. Los demás, emprenderemos la búsqueda por aquí dentro.

No hubo una palabra por parte de Max y Douglas quienes, comprendiendo de inmediato la situación, abandonaron la estancia, dirigiéndose cada uno hacia un punto de salida, sin olvidar tomar una pistola. No solían hacer uso de armas de fuego, pero era lo más resolutivo y eficaz en casos de emergencia.

Howe, sarcástico, irritante, rezongó:

—Va a ser difícil embalsamar a Charity y hacerla pasar por una momia... Convendría, mientras buscamos, ir pensando algo para que su cuerpo no sea hallado jamás.

—Lo he pensado —dijo Clarke—. La incineraremos aquí mismo.

La solución es buena —comentó, simplemente, Sunnison—. Vamos. Y espero que en el momento oportuno no te echés atrás: hay que matar a la muchacha. O ella, o tú —dijo, secamente.

Prefirió no responder; se limitó a humedecerse los labios. E instantes más tarde, los tres hombres abandonaban aquella estancia, para dedicarse a la búsqueda de Rose. Toda la ventaja estaba de su parte, dado que poseían un exacto conocimiento del terreno, mientras que los supuestos fugitivos se encontrarían perdidos en el laberinto.

Confiaban plenamente en Max y Douglas, y, por ende, estando seguros de que las dos únicas posibles salidas estaban guardadas, sus movimientos, si bien un poco lentos por lo concienzudos, tenían que conducirles, en cualquier momento, a la chica.

Recorrían pasillos, abrían puertas, miraban el interior de las estancias, sin prisas, asegurándose de que nadie estaba oculto...

Era la labor para aquella noche; imprevista, molesta, pero siempre alguien comete algún fallo, y la verdad era que Charity empezaba a pesar bastante en el ánimo de todos, por lo que su muerte no suponía otra cosa que la liberación de un estorbo.

Fue el propio Clarke quien, a los pocos minutos de iniciada la búsqueda, dio el aviso, mediante un leve siseo, y una seña cuando le miraron. En efecto, ya eran los tres los que oían el sonido que producía alguien avanzando, con jadeos, mascullando maldiciones...

Los tres quedaron en aquella estancia, cerrándola.

Una cosa era segura: quien fuese, por sistema, abriría la puerta; era una más, una más que podía conducir a la libertad, y no tenía sentido que la pasara de largo.

En efecto, Pittman, empezando a desesperar, sudoroso, cansado, acosado por mil temores, cada vez infiltrados con más fuerza en su cerebro, tropezaba por los pasillos a oscuras, gemía ya... Tenía que salir de allí...

Abrió la puerta.

Y al instante, su estómago sufrió el golpe. El cuchillo, manejado por

Clarke, resultó mortífero. De todos modos, no confió en un solo golpe, y a aquel cuerpo que veían entre penumbra, lo cosió por dos veces más.

Con extraños gorjeos, desesperándose ante aquella súbita, inesperada, y dolorosa muerte, cayó de rodillas, y luego de bruces, con las manos bajo el cuerpo, intentando en vano contener la sangre que manaba y que empezaba ya a formar charco bajo su cuerpo.

Los tres, lo veían perfectamente, puesto que habían encendido la luz de aquella estancia, que resultaba bastante pobre.

Clarke, tras acompañar la respiración, rezongó:

—Lo que me temía... La muchacha dio con ellos... Bien, hemos eliminado a quién, teóricamente, podía oponer más seria resistencia. Quedan las dos mujeres. Y no creo que las dificultades pasen de un pequeño susto. Vamos.

* * *

Agarradas de la mano, se comunicaban el mutuo terror.

Iban despacio, procurando no hacer ruido. Demostraban, en cierto modo, más inteligencia que el alocado Pittman, que por librarse de lo que consideraba dos estorbo para su libertad, había caído casi sin darse cuenta de lo que sucedía.

Rose, pese al temblor que notaba en la mano de Liz, se encontraba algo más entera que media hora antes, cuando el terror, como carcoma, roía su cerebro. Era ya incluso capaz de pensar.

—... Creo que hay dos salidas... —susurró—. Por la tienda de antigüedades; Y por el teatro. Esta última es la que me parece más accesible para nosotras...

—Tú veras... Yo no sé dónde estoy... No he visto ni el teatro ni esa tienda de antigüedades, me trajeron con los ojos vendados, y solo me quitaron la venda una vez en el sótano... Y ya lo entiendo, todo sí... ¡Qué estúpida...! Si logro salir de aquí...

—Primero, Liz, pensemos cómo salir...

—Tienes razón... ¡Pero apenas veo, no sé por dónde ando ni dónde voy...! Es... es desesperante...

—Cálmate, te lo ruego... Hay indicios que me pueden ir guiando. ¿No notas el olor?

—Bueno, sí... pero...

—Es el natrón del que te hablé. Cuanto más fuerte el olor, es claro que más cerca nos encontramos de la estancia donde embalsaman los cadáveres... Y pueden estar ahí, o bien buscándonos por las inmediaciones... Por otra parte, en el teatro no se nota en absoluto este olor, por lo que entiendo que lo que conviene es alejarnos de él. ¿Comprendes, Liz?

—Sí, sí, desde luego... Alejarnos de ese olor...

—Eso es. Por tanto, dejemos este pasillo. Probemos por la izquierda. No es que esté muy orientada, pero he visto esto ya un par de veces... ¿Lo ves? Aquí empieza a notarse menos.

—Pero tantas puertas...

—Sí, sí, alguna tiene que conducirnos a la salida...

—Voy a abrir esa.

—La veo muy pequeña... —murmuró, poco convencida.

Liz se soltó. La visibilidad era bastante escasa.

Con precauciones, la empujó. Iba a tantear en la pared, junto al marco, pero notó cosquilleos en los pies.

¡Qué extraño! ¡Qué sensación más particular...!

Instantes después el cosquilleo era por las piernas, por debajo del pantalón.

Y entendió. Y empezó a gritar, histéricamente.

—¡RATAS...! ¡SON RATAS...! Rose... ¡ROSE...!

Docenas de ratas habían aparecido, en efecto. Rose lo entendía, pero, por unos momentos, el asco, el miedo, la paralizaron. Liz, despavorida, chillando, con varias ratas metidas por entre sus pantalones y las piernas, corría sin saber dónde, dándose manotazos, sollozando histéricamente, perdiéndose por un camino cuyo final no sabía... Solo aquellas ratas... ¡Mordían...! ¡La estaban mordiendo, le hacían daño...!

—¡MALDITAS; MALDITAS...!

Su voz se alejaba; acosada por los roedores.

Rose, temblando, vaciló entre seguirla, o quedarse espantando animales como fuese, y seguir, apretando los dientes, estrangulando su terror, hacia el camino donde menos oliera a natrón. Y era por allí, estaba segura... Y caminaba, dando patadas; desgredada, con el camisón demasiado grande casi en la cintura, senos al aire, empapada en sudor...

El pasillo, todo el laberinto, estaría lleno de asquerosos roedores, pero eran un obstáculo menor... Rose pensó que estaría soñando ratas y momias toda su vida si lograba salir de allí cosa que, en su fuero interno, y con absoluta desesperanza, empezaba a dudar.

No obstante, seguía, seguía...

Cada vez olía menos a natrón.

En cuanto a Liz, en sus locas carreras, intentando librarse de las ratas que la mordían, loca de espanto, solo sabía una cosa, que el olor a natrón, o lo que fuese, se hacía más intenso; pero seguía corriendo, huyendo...

Por fin, vio un pasillo largo, con escasa iluminación, con una bombilla en el extremo. Tenía dos ratas pegadas a ella aún. Luchó unos instantes a manotazos; se miró las piernas mordidas, y la visión de la sangre casi la mareó. Pero allí tenía que estar una de las salidas.

Llegó al final del pasillo, sin molestarse en abrir ninguna puerta más. No más ratas, debió pensar...

Dobló el recodo.

—¡Pittman...! —chilló, temblorosa, loca de alegría, al verle junto a una puerta, esperando al parecer.

Corrió hacia él.

—Ha... ha sido horrible... —jadeaba—. Cientos de ratas... ¡Abre de una vez, huyamos! ¡Y deja de preocuparte por Rose! ¡Allá ella si es una estúpida! Nosotros vamos a...

Su parloteo cesó.

El caso es que ni siquiera le había mirado bien. No era normal que un hombre vivo tuviera aquellos ojos saltones, hasta producir miedo... Y... y aquellas manchas húmedas en el estómago... Y estaba apoyado en la pared, sin responder, solo con aquellos ojos como globos que...

Cuando la comprensión llegó a su cerebro, desgranó un grito que debió recorrer todo el ámbito de aquel increíble laberinto del teatrillo, la tienda, y el sótano.

Con las manos apretándose el rostro, llenas de sangre las piernas —lo cual, lógicamente, le restaba sugestión— desgredada, enloquecida, volvió a gritar una y otra vez, mientras que el muerto empezaba a resbalar hacia el suelo. Bien, el sonido también tiene su importancia; las resonancias; los materiales son susceptibles a ellas...

Por ello estaba cayendo el muerto hacia los ensangrentados pies de Liz.

Hizo lo único que cabía esperar de ella: volverse, y echar a correr, retrocediendo, desandando el camino.

No fue muy lejos.

Dos hombres habían aparecido ante ella. Dos hombres, cuando menos, habían oído los gritos: Sunnison y Howe. Y fue, el pianista, quien con un punzón tremendo asestó un solo golpe en el pecho de la desgraciada.

Ensartó el corazón de la muchacha, que se había vuelto loca de pánico antes de morir.

Y allí quedó, junto a los pies de los dos hombres.

—Bueno... Solo queda la recalcitrante... —musitó Howe.

—Sí...

Oyeron una carrera, pero no se alteraron lo más mínimo, pues reconocieron a John Clarke, que llegaba jadeante. No despegó los labios; se limitó, en primer lugar, a identificar el cadáver. Lucía una extraña luz en sus ojos, cuando musitó:

—No me gusta que esa chica, *miss* Lange, tenga tanta suerte... Hasta podría resultar un mal presagio para nosotros...

—No digas tonterías. ¿Cuánto crees que va a durar viva por aquí? Y entre ratas... Mira las piernas de la que acabamos de liquidar.

—Sí, ya veo... Pero la muerta no es ella... Yo; yo, personalmente, quiero hacerlo... Todo lo que está ocurriendo es culpa mía... Tenemos demasiados cadáveres en estos momentos... Habrá que andar con mucho cuidado.

—Está bien, pero tranquilízate —intervino Sunnison.

—Sí... En realidad, no hay grandes motivos de inquietud.

Max y Douglas están vigilantes y me han dicho que no hay novedad; por consiguiente, sabemos que no ha podido salir de aquí... ¡Pero hay que encontrarla de una vez!

—¿Acaso vas a resultar supersticioso? —rezongó Howe.

—No es eso... No me gusta que la sola intervención de una muchacha estúpida, ingenua, haya armado tanto alboroto...

—En realidad, la mayor parte de culpa es tuya —dijo Sunnison—. Debiste dejar que Charity hiciese lo que ahora nosotros vamos a intentar. Y basta de tonterías. Somos cinco hombres contra una mujer. Es una diferencia como para derribar cualquier duda. Por mí parte, no tengo inconveniente en emplear unos minutos en conducir estos cadáveres a la sala de embalsamamiento, y luego buscar a la muchacha. La encontraremos en cualquier rincón, loca de miedo, estoy seguro.

—Creo que tienes razón —corroboré Howe—. Vamos. Iremos limpiando el pasillo. Y... malditas sean... Ya me diréis cómo demonios recuperaremos ahora a las ratas... Habrá que deshacerse de ellas... Andan por todos lados, las muy... Buscaré un buen raticida luego. Ahora, tranquilos: ninguna preocupación, sabiendo que las salidas permanecen vigiladas.

Comenzaron por llevarse el cadáver de Liz.

Si escaseaban los sarcófagos, incinerarían algunos...

Mientras, se había hecho el silencio.

Si acaso, las ratas, solo las ratas, lo truncaban levemente, con sus carreras, y algún chillido.

Como tardaran mucho aquellos hombres, iban a encontrar poco del cadáver de Pittman.

«CAPÍTULO 9»

L

A reunión se componía de unos cuantos carcamales. Gente intelectual, con sus esposas que, en general, no lo eran tanto. Se habían reunido en la mansión que míster Charles Barker tenía en la calle 86, casi esquina a Central Park West, y si bonito era el edificio, más bello resultaba el entorno, con el pulmón de Manhattan, Central Park, a solo unas yardas de distancia.

Se bebía poco y se hablaba mucho. Casi todos pasaban de los sesenta años, y había que cuidar el hígado. El anfitrión los había metido en el salón, para anunciarles una sorpresa... que todos podrían contemplar muy en breve.

Obviamente, las mujeres estaban aparte, y se oía la voz un poco aguda de la señora de la casa, que estaba diciendo a la media docena de viejas que la rodeaban:

—... y si llego a saber qué es lo que verdaderamente significa esta clase de pasión, nunca me habría casado con Charles... Quiere más a sus objetos y a sus momias que a mí, estoy segura.

—Por favor, Emma, no exageres —dijo una de las reunidas, medianamente sensata—. Entiendo lo que sucede porque a mí me ocurre algo parecido. Pero, en cierto modo, esos hombres, que ahí —los señaló— puedes ver, son como niños, pero admirables... Le han encontrado un auténtico sentido a la vida, y eso es maravilloso.

—Clara, ¿qué dices? ¿Sentido a la vida el adorar esos... mamotretos que...? —inició Emma, escandalizada.

—Para ellos, sí. Además, hay hombres que a su edad se sienten frustrados, acabados, inútiles; se arrepienten de todo lo que han hecho, y añoran lo que no han hecho. Ellos, no. Están satisfechos, seguros de sí mismos...

Emma vaciló. Consiguió una sonrisa, y dijo:

—Vistas así las cosas, hasta es posible que tengas razón, pero, a veces, no puedo evitar sentirme un poco vacía. Todo se arreglaría si Charles me hiciera más caso.

—Hay que aceptarlos así —intervino Miriam Coburn—. Este problema no es solo tuyo, querida... Personalmente, yo he disfrutado con los viajes de mi marido a Egipto y a América Central y del Sur... Ya sé que la gente dice

que las mujeres tenemos poco cerebro, pero yo he comprendido una cosa: debo ser yo quien siga a mí esposo, y no este amoldarse a mí. El vale más que yo, es más inteligente, y tiene mucha más personalidad...

—¡Miriam...! —rió Emma Barker—. Hija, te felicito... Apuesto a que sigues enamorada de tu esposo.

—Ganarías la apuesta —sonrió Miriam, que a sus sesenta años aún procuraba mantener un buen aspecto—. Por lo demás, si alguna vez me he sentido sola, he pensado que era por mí culpa, no por la de él.

—Oh, vaya... Lecciones de amor —dijo Emma—. Te lo agradezco... Me encontraba un poco baja de moral, y creo que me estáis ayudando bastante esta noche... No es que no ame a mí esposo, pero le veo tan lejos de mí a veces...

Miriam iba a replicar, pero entonces tomó la palabra Barker, separándose un poco del grupo de hombres:

—¡Vamos todos! Quiero mostraros mi última adquisición. Ejem... Si las damas prefieren quedarse...

Nadie quiso.

Fue un momento en que cada pareja pudo ir junta, siguiendo a los Barker, que se encaminaban hacia el «pequeño Egipto» de aquella mansión, como llamaba el dueño a la estancia de su propia casa donde conservaba lo que podía catalogarse como un auténtico y valioso museo de arte egipcio.

Una mansión grande, bien iluminada, cómoda...

Era evidente que los Barker disponían casi a placer de un buen talonario de cheques.

Llegaron frente a aquella estancia, y Barker miró a sus amigos, con cara de triunfo.

Abrió la puerta, encendió las luces, e hizo un gesto de invitación a sus amigos. Estos se apresuraron a entrar. Era una especie de privilegio poder contemplar el buen número de reliquias egipcias que poseía. Todo en perfecto orden, con luces indirectas en algunos rincones, lo cual proporcionaba cierto misterio a parte de los objetos.

Las mujeres, resignadas y curiosas, pasaron también.

—Mirad. Por diez mil dólares, en la calle Bowery... —decía en aquellos momentos el señor Barker, señalando el sarcófago y la momia que había adquirido en una pequeña tienda de antigüedades.

—Bueno... a eso se le llama suerte —dijo un tipo de los reunidos, muy delgado, cabello blanco, con rostro intelectual—. De todos modos, permíteme... Mi lupa resolverá cualquier pequeña duda que pueda surgir.

Charles Barker rio, satisfecho, y dijo:

—Adelante, Edward. La momia y el sarcófago son a prueba de lupa. ¿O qué crees que hice yo antes de comprar?

Se habían acercado todos.

Las mujeres volvían a estar agrupadas. Se notaban un poco inquietas, e incluso la señora de la casa había enrojecido un poco, y se encontraba en

una situación bastante violenta. Sus amigas, era obvio, callaban por simple prudencia, por discreción. Pero la verdad es que aquel lugar olía a mil demonios...

Su esposo, nunca había sido tan descuidado...

¡Qué vergüenza estaba pasando...!

Miró a sus amigas, y musitó:

—Quizá si volvemos al salón...

—No te preocupes —dijo, muy seria, Miriam—. Lo que yo sospecho es que sucede algo muy... Mírales.

En efecto, todos los hombres estaban reunidos en torno a la momia y sarcófago recién adquiridos. El olor indescriptible que cada vez se hacía más insoportable y penetrante había sido captado, por muy distraídos e interesados que todos estuvieran.

Por fin, encontrando ecos, se oyó una voz:

—Lo siento. Charles, pero es la momia...

—Pero no es posible... La examiné con la lupa, y...

—No te obceques.

Charles Barker pestañeó. Se sentía decepcionado y furioso en aquellos momentos.

—¿Alguien tiene un cortaplumas a mano? —pidió.

—Te servirá este —dijo uno de sus amigos.

Charles Barker tomó la navajita, y se enfrentó a la maloliente momia. Lo cierto era que en aquellos momentos ni reparaba en las mujeres... Barker no sabía ni siquiera qué pensar o sospechar... El caso es que, con cuidado, atacó el lugar menos vendado, parte del cuello, y siguió cortando lino por el rostro.

El silencio era absoluto.

En esta operación estuvo unos cinco minutos, luego con una evidente palidez en su rostro, se volvió, musitando:

—Creo será mejor que las señoras vuelvan a su tertulia, y...

—Nadie se moverá de aquí. ¿Qué ocurre, Charles? —inquirió su señora, avanzando.

—Por Dios, Emma... Haced lo que digo... —susurró, cada vez más pálido y con unas gotas de sudor en su frente.

—Esto es muy extraño, querido. Veamos lo...

Se interrumpió, de súbito. Y al segundo siguiente, lanzaba un agudo, estridente chillido, mientras retrocedía un paso con la mirada fija, aunque algo extraviada, en el rostro de la momia, cuyo vendaje se había desmoronado.

Otras mujeres gritaron; se armó cierta confusión, revuelo...

No hacía falta ser egiptólogo ni demasiado listo para adivinar la verdad... El lino envejecido artificialmente había cedido, y gran parte del rostro de aquella muerta estaba visible, con un ojo cerrado, y el otro casi desorbitado... Una mujer de la época; una mujer contemporánea. De eso, no

le cabía la menor duda a nadie.

Además, en plena descomposición.

La histeria hizo su aparición en mayor grado, pero supieron dominarse bastante bien, y las mujeres aceptaron abandonar el «pequeño Egipto». Barker, con una navajita en la mano, fue rasgando vendaje, hasta que gran parte quedó al descubierto. Una mujer desnuda, de su misma época, de unos cincuenta años, en la que ni de frente ni por los lados se apreciaba la causa de su muerte.

—Dios mío... Dios mío... —musitaba.

—Pero... ¿qué puede significar esto?

—Esta mujer ha muerto hace menos de tres días... ¡Mirad!

El hombre, que estaba detrás, lo descubrió; dos huellas de punzón en la nuca.

Descubrieron también, en los brazos y en el vientre, pinchazos por los que, con mala fortuna en aquella ocasión, el formaldehído con sus compuestos no había hecho efecto, por estar mal aplicado. En cuanto al natrón, por sí solo, nada podía hacer por evitar la descomposición del cadáver.

—Voy a llamar a la policía... —susurró Charles—. Esto... esto es un crimen... A esta mujer la han asesinado... Y... y... Bueno, todos veis perfectamente lo que han hecho con ella... Es horrible...

El inspector Plinter estaba sentado en una salita, con el señor Barker. Los demás, o estaban en el salón, o se habían despedido, ya que todo aquello resultaba en extremo macabro.

El policía llevaba algo más de una hora comentando todo aquello, y haciendo preguntas, cuando apareció un agente de uniforme, con unos documentos, que tendió al inspector. Este los tomó y, cachazudo, empezó a leer, ante la impaciencia y el nerviosismo del señor Barker.

Tardó unos minutos. Por fin, el inspector Plinter guardó los papeles, y miró al agente, diciendo:

—Preparad dos autos patrulla, y aguarden un minuto.

—Bien, inspector.

Cuando el agente hubo salido, Barker se apresuró a preguntar:

—¿Y bien, señor Plinter?

—Bueno... es todo tan extraño... La víctima, en efecto, falleció hace menos de setenta horas. Le han sido inyectadas unas sustancias que, normalmente, darían resultado. Pero esta vez han fallado; han cometido un error... Por lo demás, está plenamente identificada: esa mujer se llamaba Beatrice Wolcott, y desapareció hace dos meses aproximadamente; algo menos. Creo que vamos a volcar un cubo de basura, míster Barker.

—Pero...

—Y no se preocupe por su dinero; lo recuperará.

—No es lo que más me preocupa, inspector —musitó—. Nunca... nunca creí que pudieran ocurrir estas cosas... que pudieran engañarme

como lo han hecho... Le aseguro que el sarcófago es auténticamente milenario, y el lino superficial es también antiquísimo... Bueno... Estoy aturdido...

—Lo comprendo, señor, Le aconsejo que intente descansar. Nosotros nos ocuparemos del resto. Dijo calle Bowery, ¿eh?

—Sí... Sí, sí...

El inspector que parecía que jamás perdía la calma, se puso en pie, siendo imitado por míster Barker. Los dos hombres se estrecharon la mano, y Plinter dijo:

—Tendrá noticias. Dedíquese, como le digo, a tranquilizarse, y haga lo propio con su esposa.

Tras la despedida, el inspector se metía en el auto que encabezaba la comitiva.

—A la Bowery —gruñó.

—¿Y bien? —inquirió un agente.

—La Wolcott... Sí, me suena, y mucho... Tiene dos sobrinos que son dos auténticas basuras... Cuando ella desapareció, ya les retorcimos un poco las orejas a los tipos, pero sin resultado. Espero que todo será distinto ahora.

—¿Cree que ordenaron ese crimen, y así...?

—Dejando aparte los detalles, realmente macabros... e ingeniosos, todo hay que decirlo, no me cabe duda de que esos dos cerdos pagaron por el crimen de su tía. Más rápido, Buck.

* * *

La verdad es que Rose Lange era ya algo así como una autómatas, con el instinto de conservación hipersensibilizado al máximo, y de ahí que siguiera con vida, con el corazón latiendo, y con una idea fija en su mente.

Porque, a sus veintidós años, parecía tener en aquellos momentos no menos de cuarenta. Desgreñada, lívida, ojerosa, con los ojos enrojecidos, mordidas las piernas por las ratas... Pero ahora se acurrucaba, o avanzaba con cautela; olfateaba... Y, en efecto, siempre apartándose del olor a natrón.

Ni que decir tiene que había oído los gritos de Liz.

Y luego aquel silencio...

Pero ya no tenía más capacidad para el terror. No podía más.

Era como una muñeca envejecida que deambulaba por la oscuridad, entre alimañas y espanto, con la única idea de salir de allí... aunque solo fuese para morir en la calle...

Sin embargo, había momentos en que sentía un fallo terrible en sus fuerzas, una laxitud que podía ser fatal. Sentía deseos de abandonarse en cualquier rincón, y dejar que o bien las ratas o aquellos hombres acabaran con ella... A mordiscos, o a cuchilladas...

Pero seguía, seguía...

Pronto estaría cerca de algún sitio positivo, puesto que el olor a natrón era ya prácticamente imperceptible. Presentía se acercaba a la salida del teatrillo... aunque entendía muy bien que lo más probable era que estuviera vigilada.

Pero quizá tuviera una oportunidad.

Fue de súbito cuando oyó una risa extraña, cascada, llena de maldad.

Giró, con un grito atronando el ámbito; un grito inevitable, por lo silenciosamente que había sido sorprendida.

Allí estaba John Clarke, con un cuchillo en la mano, con cara de loco, y corriendo hacia ella.

—¡Tenía que encontrarte yo...! —mascullaba el tipo.

Petrificada, como estatua, no supo reaccionar al momento. Veía a aquel hombre-bestia, con una horrenda expresión, que se acercaba rápidamente a ella. Le veía como agigantado, en especial el rostro y aquel cuchillo; el mismo con el que había destrozado a Charity.

Cerró los ojos unas décimas de segundo.

Ya estaba allí la muerte...

Quizá era una liberación...

Pero su desfallecimiento fue brevísimo. Tanto, que tuvo tiempo para echarse a un lado, con un ágil salto, muy propio de su edad, y esquivar la ciega y feroz acometida de aquel viejo enloquecido, que gritó roncamente de ira, revolviéndose. Fue cuando, sin que Rose tan siquiera se lo hubiese propuesto, el asesino tropezó con el tacón de su zapato derecho, a modo de zancadilla, y cayó al suelo cuan largo era, mientras que el arma escapaba de sus manos.

Y allí, en el suelo, contemplado hieráticamente por ella, el individuo parecía un poco aturdido, cegado por la ira...

Lo peor para él, de todos modos, fue que las ratas, al ver cara macilenta tan cerca, hasta se atrevieron a lanzar un ataque. Fueron tres o cuatro que, voraces, mordisquearon aquel rostro, mientras que Rose, a la que de nuevo acometía el más hondo espanto, gritó, al ver aquel espectáculo...

Clarke resollaba, emitía unos extraños gemidos, roncacos, estentóreos...

Y desde el suelo, la miró con odio mortal.

El cuchillo...

Rose, entonces, entendió que podía aprovechar su ventaja y correr, aunque fuese retrocediendo, otra vez hacia el laberinto.

«Capítulo 10»

E

L que estaba auténticamente desesperado, a punto de estallar sus nervios, era Douglas, vigilando la salida de la tienda de antigüedades, sin que ocurriese nada. Es decir, ni nadie intentaba salir, ni los demás le avisaban de que ya estaba solucionado el asunto.

Empezaba a pensar que estaba metido con una cuadrilla de inútiles. ¿Tan difícil era reducir a un tipo y dos mujeres a las que la histeria estaría convirtiendo en fantasmones?

Pero transcurría el tiempo sin que nada ocurriera; ya apenas podía aguantar más.

Estaba a punto de tomar una decisión, cuando oyó unos rumores, y luego golpes, muy cerca, casi a su lado. Tanto, que no dudaba de que alguien estaba llamando en la puerta de la tienda de antigüedades.

Frunció el ceño, y decidió ignorar los golpes. Obviamente, no era el momento de realizar compra alguna. Sin embargo, nítidamente, llegó a sus oídos una corta frase:

—¡Abran a la policía!

Empezó a sentir hielo en las venas.

No... No debía haber entendido bien, claro.

La edad no perdona, los sentidos físicos se deterioran. Tendría que ir a un otorrino para arreglar su oído...

—¡Abran a la policía o derribaremos la puerta!

Tragó saliva.

¿O tendría que ir a un psiquiatra, por tener alucinaciones acústicas?

¿La policía?

—¡Abran a la Ley...!

Comenzó a palidecer. ¡La policía! Ya no cabía duda; era cierto... La policía estaba allí. Pero... ¿por qué? ¿Por qué? ¿Era posible que algunos de los que estaban dentro hubiese huido? Pittman, Liz o Rose Lange...

De ser cierto, tenían que haberlo hecho por la salida del teatro, no había duda... Pero, por fortuna, estaban en la puerta de la tienda, y aún cabía alguna posibilidad... Algo le habría ocurrido a Max para dejarlos escapar, estaba claro. Así que, oyendo los golpes de la policía, que no tardaría en decidirse a tumbar aquella puerta, se dirigió a la carrera, hasta llegar al lugar del embalsamamiento. Vio que todo estaba iluminado, y parecía

haber gente...

Por unos instantes, le acometió un sudor frío, pensando que podían ser policías que habían penetrado por la puerta del teatrillo.

Pero se calmó, al oír unos resuellos; reconoció a John Clarke, y se precipitó hacia aquella estancia.

Destacaba, en primer lugar, los tres cadáveres; el montón de muertos: Charity, Pittman y Liz. Y allí, excitados, estaban los demás, escuchando a Clarke, que tenía el rostro ensangrentado, con extrañas heridas.

—¿Qué pasa? —inquirió, desabrido, Clarke, interrumpiendo lo que decía a los otros.

—Yo también podría hacer preguntas, muchas preguntas —gruñó—, pero es bastante con la noticia: de un momento a otro la policía derribará la puerta de la tienda, y la tendremos aquí.

Se hizo un espeso silencio entre aquellos hombres.

De súbito, sin más, parecían mucho más viejos, y decrepitos. Incluso Howe, quizá por instinto, había adoptado la postura encorvada que utilizaba durante los conciertos, cuando tocaba su violín.

—Supongo... suponemos que... que es una broma... —jadeó Clarke.

—No. No lo es. Pero deduzco, por lo que veo, que no tenemos salvación... Rose Lange ha huido, ¿verdad?

—No, no...

—¡Pues no la veo muerta aquí! —gritó, descompuesto.

—... está perdida por los pasillos...

—¡Mientes! ¡Ha huido! De otro modo, ¿cómo habría llegado la policía hasta nosotros? Está bien... Imagino que Max está soportando su terror en la puerta del teatro, y no tardará en aparecer con la noticia de que también la policía nos tiene acorralados por allí...

—¡Digo que Rose no ha huido...! ¡Anda como un fantasma muerta de miedo por los pasillos...! —grito Clarke.

—Está bien... Sigue mintiendo si quieres. Por mí parte, y teniendo en cuenta lo flaco de tus últimos servicios, voy a juzgarte: vas a morir, por haberlo estropeado todo. Vas a morir, porque por no matar a una mujer, por un sucio deseo, nos has arruinado. O moriremos, o iremos a parar a la cárcel. Y para mí, es lo mismo. Bien, juicio celebrado, y la condena es: muerte.

—¡¿Estás loco...?! —aulló Clarke.

Los otros no despegaban los labios.

Estaban muy aturdidos. Nunca habían visto a Douglas tan furioso. De todos modos, lo que les tenía como paralizados era la idea de salir esposados, para no volver a ver la luz, la calle, las gentes, los estúpidos que comprobaban sus momias...

Y eso, de súbito, les alteró, les desquició.

—¡Muerte, muerte...! —chillaron, secundando al enloquecido Douglas quien, ciego de rabia, atacó.

John Clarke, mermado por el miedo, por sus heridas, por las impresiones de aquel día; por todo, en suma, no supo esquivar ni resistir el ataque. Retrocedió, eso sí, pero la primera cuchillada le partió las ropas, y le llenó de sangre el pecho desde la clavícula hasta debajo de la tetilla derecha. Y así, retrocediendo, sus corvas chocaron contra el borde de la bañera que contenía el natrón conservador, el baño momificador de siglos...

Al baño fue a parar, cayendo de espaldas, quedando con las piernas colgando por el borde, y cabeza y tronco metidos en el natrón. Sus manos arrugadas, como ganchos, se aferraban a los bordes pero estaban tan resbaladizos... Además, aquellas manos eran golpeadas, de modo que no pudo salir de la bañera, no pudo sacar su canosa y desgredada cabeza. Sus convulsiones eran perfectamente apreciables...

Hasta que quedó quieto, muy quieto, y las manos aflojando lentamente, hasta desaparecer en el líquido.

Grotesca y aterradora estampa...

—Y ahora, intentemos salir por el teatrillo —dijo Douglas.

—Pero si Max...

—¡Si Max no ha dado la alarma, y quizá aún no estén allí!

—No te obceques —musitó Sunnison—. Si salimos todos por el teatro, la policía sospechará algo... La tienda y el teatro están pegados. Y si la chica ha huido realmente...

—¡Claro que ha huido! ¿De qué otro modo podría estar aquí la policía?

—No sé... —repuso Sunnison—. No obstante, quizá nuestro último cliente tenga algo que ver con eso... Pero estamos perdiendo el tiempo, y... ¿Qué sucede?

Alguien se acercaba.

Pasos. Pasos y rumores...

—Rápido —musitó.

En un instante, los tres hombres desaparecieron de la vista metiéndose en aquellos armarios que contenían los artículos necesarios para organizar un siniestro carnaval de la muerte. Les siguió el aturdido Max, quien se había entretenido mirando los cadáveres, en especial el de Clarke...

También corrió entonces. Tenían pistolas...

Y todos, con un arma empuñada, reaparecieron, mirándose.

El desaliento empezó a predominar.

¿Qué podían hacer contra un contingente policial?

¡Y ya estaban allí! ¡Alguien se acercaba!

Quedaron como petrificados. No estaban muy seguros de que podrían disparar con acierto...

Un instante más tarde, sus temores se trocaban en auténtica sorpresa. ¡Era Rose Lange!

Rose, que estaba ante aquella puerta, tan petrificada como los músicos del «Liberty».

Cuatro hombres y una mujer que se miraban como sin comprender.

Ella, abotagada por el terror. Y los otros, porque no entendían. Si aún estaba allí, rota de miedo, hecha un fantasma, perdida, ¿cómo había llegado la policía hasta el lugar? ¡¿Cómo?!

Rose, de todos modos, fue la primera en reaccionar; el miedo, en ocasiones, podría ser definido como una agudización de las autodefensas. Y eso fue lo que sucedió. De pronto, vio que podía hacer algo por salvarse, siquiera fuese para volver atrás... Una vez más...

La puerta estaba a su alcance, y la llave en la cerradura. Así que soltando un gritito de miedo, lo hizo: cerró rápidamente, e hizo girar la llave, dejándola puesta; eso importaba poco.

Y echó a correr. Prácticamente, estaba en el límite de sus fuerzas, no podía más... Y oía como truenos, mientras corría, ya sin saber hacia dónde, completamente desorientada. ¿Truenos? ¡Qué extraño...! En realidad, eran los disparos que aquellos cuatro hombres, a la desesperada, realizaban contra la cerradura, hasta hacerla saltar, pero estaba ya lejos de ellos... de momento.

Pasillos, terror, puertas... ¿Nunca encontraría el camino?

¡Estaban todos allí! Si encontraba una salida, nadie le impediría llegar hasta la calle...

¡Nadie!

Y corría, rogando a Dios...

Dios la oyó.

De pronto, detuvo su carrera. Y se echó a llorar. Ya eran sus últimas lágrimas. Había gente; gente que iba apareciendo por los pasillos; gente con armas aterradoras... Gente que la miraba de un modo muy raro... Y Rose, como una momia, llorando en silencio, cayendo de rodillas, creyendo morir, aún no entendía que estaba salvada.

—Inspector...

—Sí, voy...

El inspector Plinter apareció frente a la muchacha.

—¿Quién es usted? —inquirió.

Rose le miraba, sin entender nada. ¿No la mataban? ¿No la metían en natrón y la momificaban? ¿Ya había terminado aquel siniestro carnaval?

Los agentes que se iban reuniendo, y el inspector Plinter, estaban atónitos. Aquella joven y bonita muchacha, estaba destrozada. Ni siquiera se daba cuenta de que uno de sus senos estaba completamente al descubierto. Y mordida por ratas, impregnada en sudor, loca de miedo... Era difícil reaccionar...

Lo hizo, por fin, el inspector, acercándose a ella.

—¿Qué han hecho con usted...? —susurró.

Rose, que entreveía en aquellos momentos que quizá todo aquello solo podía significar su salvación; que eran policías... ¡policías! lanzó un estridente sollozo, y se abrazó a las piernas de Plinter. Este, sin moverse, giró un poco la cabeza, y miró a un agente, diciéndole:

—Por Dios, Wally... Sácala de aquí, y condúcela inmediatamente al hospital... ¡Inmediatamente!

Se oían los sollozos de la muchacha, pero ya con otro tono, y también los disparos que seguían efectuando aquellos cuatro hombres.

Cesaron los disparos, y se iniciaron las carreras de Max y Howe, Sunnison, y Douglas. Había que atraparla y salir por el teatro.

No vieron a los policías, perfectamente apostados en los pasillos, que les estaban esperando.

Hasta que sonó la voz:

—¡Tiren las armas! ¡Están rodeados!

Fue un infierno.

Y cuatro músicos descendieron rápidamente a él...

* * *

La sonrisa de Rose aquella mañana era natural, juvenil, alegre. Como debía ser, demonios.

Plinter entraba con unas florecillas.

Sonrió a su vez. Era imposible no hacerlo ante ella.

—¿Mejor? —preguntó, mientras cerraba la puerta.

—Oh, sí... Mucho mejor...

—Me llamo Nick... Nick Plinter, demonios.

—Sí, señor Plinter... —se sonrojó ella.

—Bueno... ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Yo, cuarenta. Hum... Sí, claro... Necesitas un mozalbete... Así que puedes seguir llamándome señor Plinter.

Se echaron a reír ambos.

Luego dejó las florecillas, y se sentó en el borde del lecho de Rose, que estaba como nueva, después de varios días internada.

—Bueno... quería decirte algo —murmuró Plinter—. Esa gente...

—Lo sé todo. La televisión —y señaló el aparato traga-monedas que estaba a los pies del lecho.

—Ya... Estúpidos aparatos... En fin, habrás visto toda la basura que ha salido a relucir a causa de este asunto. Demos gracias a que el embalsamador cometió su único fallo con la desdichada señora Wolcott... De otro modo... y se me pone el pelo blanco de solo pensarlo, tú serías ahora una momia más... En fin, asunto liquidado.

—Sí... En principio, yo... yo no quería saber nada, pero... para seguir viviendo de modo normal, y encontrón dome perfectamente, quise hacer frente a todo; a verlo, oírlo... La televisión ha sido muy pródiga últimamente con este asunto. Lo he superado bien, creo.

—Excelente. Y ahora, hablemos de trabajo, no sea que algún día tenga que meterte entre rejas por vagabunda y desocupada. Criatura, ¿cómo se te

ocurrió meterse en la calle Bowery?

—Bueno, yo... Eran mayores, y...

—Ya, ya... Bueno, déjalo. Hay en Nueva York veinte mil policías. Así que entre todos, algún trabajo decente te caerá para cuando salgas, creo que será muy pronto. Así que, pequeña empieza a pensar en eso: un trabajo, un mozalbete... En fin, ya me entiendes.

Rose bajó la vista.

La miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —gruñó.

Ella le miró a los ojos entonces.

—Todo eso es muy bonito, señor Plinter... —musitó—. La verdad es que lo estoy deseando...

—Vamos, vamos... Muévete por otros ambientes, y te sobrarán novios a patadas... Elige, simplemente, al mejor. Y olvida todo esto; este... siniestro carnaval... Si supieras todo lo que hemos encontrado entre el teatro y la tienda... En fin, estaban completamente locos aquellos desdichados... Ni siquiera pudimos evitar matar a los cuatro restantes, poco después de salir tú de allí... La verdad es que ni sabían disparar, pero sus balas eran peligrosas por el miedo que sentían, por su mala puntería, por su desesperación... Eh, basta de esto. ¿O.K.?

—O.K. —sonrió Rose.

—Y ahora, hablando en serio, creo que te encontraremos algo para que tengas trabajo como pianista. En la Central hay mucha gente, y ya sabes... a los chicos y jovencitos les gusta la música, y siempre hay quien quiere aprender piano... Darás clase. Tienes cinco alumnos, y...

—Señor Plinter... Pero... ¿es posible? Yo...

—No llores, pequeña. Me largo.

—¿Ya?

—No tan bestias como los del «Liberty», pero aún hay gente, demasiada por desgracia, que ignora que existe la Ley y el Orden. Nos veremos, pequeña.

—Dios se lo pague... Dios se lo pague...

Lloraba. Pero de modo distinto.

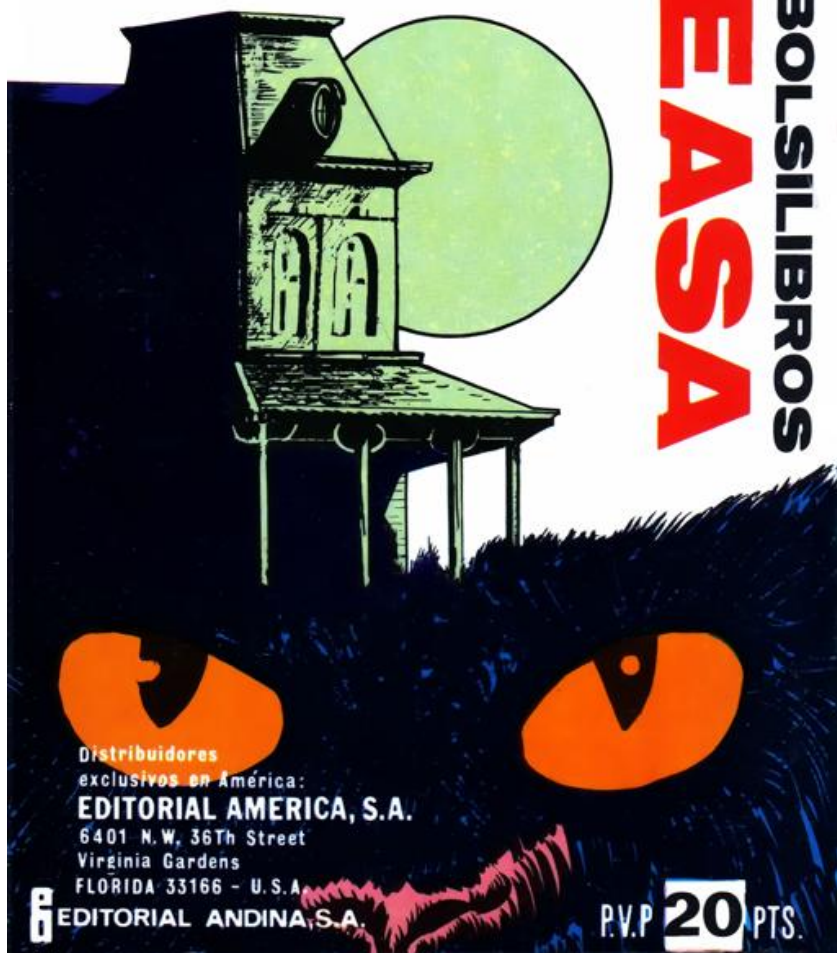
Con aquellos suspiritos, los últimos restos de terror huían de ella.

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

6

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.